

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 389.

## SUMARIO.

—  
Pabellon de los conciertos Musard en los Campos Eliseos; grabado. — Revista Española. — La procesion del Corpus en Constantinopla; grabado. — La Sicilia; graba-

dos. — El poeta Hebel; grabado. — El general conde de Geyon; grabado. — Estudios de costumbres. — Entrada triunfal del ejército de Africa en Madrid; grabados. — Poesias al ejército vencedor. — Revista de Paris. — La velada de San Juan en Valreas; grabado. — El puer-

to de Pola en el Adriático; grabado. — El colegio de Cluny; grabados. — Un prólogo de novela. — La Virgen de las azucenas. — Revista de la moda. — La pesca de alosas; grabados.



PABELLON DE LOS CONCIERTOS MUSARD EN LOS CAMPOS ELISEOS. (Véase la Revista de Paris.)

## Revista Española.

Virtudes sociales. — La corte en Aranjuez. — Zarzuela nueva. — *Poliuto* y *Otello* y Tamberlick. — Recepciones en las academias. — La novela. — Los españoles en Italia. — Premio á los poetas. — Vuelta del ejército. — Festejos. — Versos históricos. — Anacreónticas de última moda.

## VIRTUDES SOCIALES.

## Lección IV.

## LA ELEGANCIA.

Tú no sabrás, lector mio,  
Que en este siglo de trampas  
Una virtud, y muy gorda,  
Es la espléndida elegancia.

Si no lo sabes, escucha,  
Y en el fondo de tu alma  
Con profundas letras góticas  
Mis sabios consejos graba.

Véte al Prado cada día,  
Siendo una copia en tus galas  
Del figurin recibido  
Aquella misma semana.

Perfuma y riza tu pelo  
Trazando la blanca raya,  
Y zapateros y sastres  
Den mayor lustre á tu estampa.

Un día en muelle carroza  
Fumas tendido con gracia,  
Otro en *char-à-banc* endeble  
Inmensas yeguas te arrastran.

Ten entrada en los salones  
De toda la aristocracia,  
Y el mejor palco de abono,  
Y una querida en las tablas.

Habla mal de todo el mundo,  
Cuenta amorosas hazañas,  
Y enumera entre tus víctimas  
A cuantas veas con faldas.

Acuéstate hácia las cuatro,  
Deja á las doce la cama,  
Dí que París es la gloria  
Y que tu tierra es el Africa.

Come *beafsteck* y *rosbiff*,  
Nada de garbanzos, nada;  
Y toma te, mucho te,  
Que así las tripas se lavan;

Y que me emplumen, si entonces  
La humanidad no te ensalza,  
Y eres modelo de trajes,  
De costumbres y de cara.

Y te ves con mas amigos  
Que granos una granada,  
Y estrechar manos ilustres  
Es tu tarea ordinaria.

¡Qué honor será! ¡qué fortuna  
El colgarse de tus mangas!  
¡Cuánto de hacer cortesías  
Y de aquello de «bien; gracias.»

Disputarán tus favores  
Las mas eminentes damas,  
Y serás vicemarido  
De las seis mas recatadas.

¡Cuál te mostrarán en público  
Con tu puro amor ufanas!  
Desprécialas tú, y á otra  
Dirige tiernas miradas.

¿Y el marido? de orden tuya  
Lleva por calles y plazas  
En pesetera berlina  
Una modista muy guapa.

¿A quién, sino á las virtudes  
Se tributan honras tantas?  
¡Y sostendrán todavía  
Que no es virtud la elegancia

Ponte un sombrero abollado,  
La ropa llena de calvas,  
Zapatos que abran la boca,  
De mil colores la capa;

Y aunque sepas mas que Lepe,  
Mas que Lepijo y su casta,  
Y seas un catecismo  
De moral teorico-práctica,

¿A que nadie se te acerca,  
Nadie á tu brazo se agarra,  
Y por lucirse contigo  
Donde quiera te acompaña?

Si caminas, solo ciegos  
Hallarás por donde vayas,  
Y solo graves aspectos  
Y ceño adusto si hablas.

Ya ves pues, lector amigo,  
Que la virtud de la cáscara  
Vale mucho en este mundo,  
Aunque en el otro no valga.

Con que si quieres ser algo,  
Gasta diez horas diarias,  
Lector, en pensar la forma  
De tu ropa y de tus barbas.

Tú me dirás: ¿y el dinero?  
Dinero no te hace falta  
Con otra virtud social  
Que suele llamarse audacia.

¡Oh, la audacia! ¡la elegancia! ¡quién fuera audaz y elegante! Entonces segura tenía la victoria; sin que nadie pudiera oponerse me remontaría á la cúspide de la humanidad, entrando en el número de las eminencias.

Y á propósito de elegancia y de eminencias: donde ahora se ha trasladado una parte de lo que de aquello y de esto encierra Madrid, es al real Sitio de Aranjuez. Allí, entre aquellos altísimos árboles, que parece que sirven al cielo de puntales, vagan alegres y risueñas no pocas hermosuras de la corte; todas con los sencillos trajes de verano que saben embellecer con nuevos encantos la belleza, si esto es posible. Allí la aristocracia se democratiza, como quien dice, viéndose por las calles los excelentísimos señores á pié y luciendo como traje de campo las bandas y los bordados de oro.

Pero allí no es el lujo lo que mas llama la atención, lo que mas admira: sino los magníficos jardines. La primavera en Aranjuez es verdaderamente un remedo del paraíso.

El teatro de la Zarzuela, único que funciona, ha dado una con el nombre de *Memorias de un estudiante*, original de don José Picon, y puesta en música por el señor Oudrid. Ligera la obra de poeta y compositor, ha conseguido sin embargo agradar, riéndose el público con los chistes del libreto y aplaudiendo varios trozos de música. Esta producción no es de las de primer orden, pero á la empresa le ha servido de mucho en un año que no ha sido muy feliz en estrenos.

Pero lo que atrae gente al teatro de la Zarzuela, lo que hace rebosar en espectadores butacas, palcos y galerías, es la compañía de ópera á cuyo frente está el célebre Tamberlick, y que ha empezado á trabajar desde principios de mes. En *Otello*, lo mismo aquel tenor que Bartolini y la Kenneth agradaron extraordinariamente, pero en *Poliuto* no fué ya solamente agradar: hubo momentos de verdadero frenesí, en que el público se hubiera lanzado en masa á la escena á estrechar en sus brazos á Tamberlick. La romanza de salida de este, que por cierto no es de la ópera, algunas piezas del segundo acto, el famoso credo y el duo de tenor y tiple del final, no pueden oirse cantados en ninguna parte con tanta perfección.

Si durante el invierno Tamberlick y Bartolini hubieran formado parte de la compañía del Teatro Real, alternando el primero con Mario, de seguro que la suerte de aquella empresa hubiera sido no poco mejor de lo que fué, y el público hubiese pasado mejores ratos.

En fin, el público espera con impaciencia las demás óperas que han de darle, y á pesar del insupportable calor que convierte el teatro en un horno, se preparó á celebrar con *bravos* y aplausos el mérito de aquellos cantantes.

Las academias han celebrado dos sesiones públicas para otras tantas recepciones, ingresando en la Española don Cándido Nocedal, y en la de la Historia don Antonio Cánovas del Castillo. El discurso del primero tuvo por objeto hablar de la novela, examinando la índole de esta clase de literatura, su influencia en la sociedad y en las costumbres, y las malas tendencias que modernamente se le han dado con capa y apariencias de moralizar. Estima el señor Nocedal la verosimilitud como la primera condicion que debe adornar una novela; sin ella, sin pintar lo que en el mundo real y positivo puede suceder, ni los escarmientos aterran, ni las desgracias y la fortuna conmueven. De modo que, siguiendo la máxima de Cervantes, el lector despues de acabar una novela debe quedar «alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, saaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud.»

No cree (y con razón) el nuevo académico que deba proibirse la novela por el abuso que se ha hecho de

ella. «Volved los ojos, dice, á los días de vuestra infancia: ¿os acordáis de aquellos cuentos que una madre cariñosa os refería? pues ese es el origen de la novela; y por ventura ¿una madre ha de querer divertir á sus hijos pervirtiéndolos y llenar su corazón de amargura desde sus primeros años?»

Pero en nuestros días, añade, se han hecho dogmáticas las obras del ingenio, echándose de ellas mano para extender ideas y sistemas. De aquí han tomado pie no pocos para propagar perjudiciales doctrinas, y de aquí tambien, segun mi juicio, que otros hayan convertido en púlpito la literatura entera, predicando sermones y prácticas doctrinales en el teatro, en la novela y hasta en la poesía lirica. El mismo señor Nocedal lo dice en su discurso: «¿quién sufre al pedarogo en aquellas horas que da al solaz y al descanso?» La mala enseñanza es perjudicial en literatura, pero la buena cuando es excesiva cansa y no produce efecto: el alimbar no puede tomarse continuamente, por mas que sea muy agradable.

En la novela histórica y sus condiciones ocupase tambien el señor Nocedal, y despues de condenar á los autores que escriben de prisa sin mas objeto que el de hacerse ricos, prefiriendo tener coche y palacios á la esperanza de colocar su nombre en letras de oro en la cumbre del Parnaso. Séame permitido defender un poco á los que tal hacen, por mas que esté convencido de que obras escritas de esta suerte difícilmente lograrán pasar á la posteridad. Pero el que escribe á conciencia, y consigue elogios, y se pone, como es natural, muy satisfecho, y sigue cansándose la vista ó hilvanándose los sesos, pero sin obtener nunca mas que elogios, ¿qué ha de hacer? Seguir trabajando para que otros se diviertan, ó utilizar la fama adquirida á costa de su salud y sus desvelos y soltar la pluma libremente sobre el papel, persuadido de que un mamarracho firmado por autor conotado siempre tiene venta, y una *creacion* que se le ocurra imprimir á cualquier principiante solo sirve para envolver cominos.

Contestando al bello y bien pensado discurso del señor Nocedal, el señor duque de Rivas sostuvo que la novela no es en sí ni buena ni mala: que el género no puede ser responsable de los extravíos de los autores, y que tal vez no poca parte de los desórdenes y los principios socialistas infiltrados en las masas en Francia fueron producidos por los novelistas. El señor duque desea que las cuestiones sobre puntos de gobierno, los altos problemas filosóficos y sociales sean solo patrimonio de los sabios, y no se sorprendiera y fascinara al ignorante con cuestiones que solo deben estar al alcance de los doctos; en lo cual tiene ciertamente no poca razon, segun lo que yo entiendo.

El discurso del señor Cánovas del Castillo en la Academia de la historia versó acerca de la dominación española en Italia, y fué contestado por don Serafin Estevanez Calderon. Hé aquí el motivo de haber elegido este asunto el nuevo académico, segun él dice: «¿no es cierto que los que han hojeado con amor las páginas de la historia nacional se sienten movidos por el espectáculo de las cosas actuales á recordar los tiempos en que disponian de la suerte de Italia nuestros antepasados?... y por lo mismo que en ella se están borrando los antiguos límites y se conculcan ahora los anteriores principios, se pierden los derechos heredados y se olvidan los intereses adquiridos; al observar cómo desaparecen las últimas consecuencias materiales de nuestras victorias; al ver surgir nuevas cuestiones universales en aquel suelo, aunque no tan arduas como las que tuvo que ventilar nuestra política en otros siglos; al contemplar en suma los hombres y las cosas que allí se agitan al presente, saltan en tropel á la memoria ricas reminiscencias de nuestros anales, y nos domina sin querer el deseo de comparar aquellos con estos sucesos, las obras de nuestros antepasados con las de los extranjeros que predominan actualmente en Italia, y nuestras cosas y nuestros hombres de entonces, con las que excitan y los que excitan hoy día la pública atención en el mundo.»

El señor Cánovas protesta en seguida que no se mezclarán con su tema los sucesos políticos que hoy agitan la Italia, y examina paso á paso el mando de los españoles en aquellos deliciosos países. Con el testimonio de autores italianos y con los hechos, prueba que lejos de ser un yugo pesado el impuesto por nuestros abuelos á la Italia, era solamente un vínculo de fraternidad.

«Su milicia alternaba, dice, en el puesto de honor con la nuestra «por sus largos y buenos servicios,» segun declararon repetidamente nuestros reyes; sus capitanes mandaban, con tanta frecuencia al menos como los nuestros, los ejércitos; sus nobles disfrutaban de nuestros hábitos de nobleza, de nuestros títulos, de nuestras preeminencias: sus pueblos no eran menos atendidos en concepto alguno que los de España. No tuvieron siempre reposo, no lograron progresos constantes, porque tales tiempos y tal política no dieron de sí mas que guerras tercosas y sacrificios sin cuento, lo mismo para Italia que para España; pero suya es como nuestra, y no se la disputamos seguramente, la gloria de todas las empresas de la monarquía española en aquella época.

Italianos, añade, eran los compañeros del Gran Capitán Próspero y Fabricio Colonna; italiano el marqués de Pescara, el mas querido de los capitanes que gobernaron la vieja infantería española, el del Vasto que reputó España por uno de sus mejores caballeros; los Doria fueron nuestros almirantes por mas de un siglo; los Gonzagas sentaron plaza de soldados por el mismo tiempo bajo nuestras banderas, y dado que Fi-

liberto de Saboya, Alejandro Farnesio y Ambrosio de Espinola levantaron el nombre italiano al mas alto punto en nuestros ejércitos, todavía puede buscar Italia en las historias castellanas multitud de nombres gloriosos para ella. »

En la Academia de ciencias morales y políticas tambien se ha verificado la recepcion de don Miguel Sanz Lafuente, que disertó sobre el tema de que la verdadera civilizacion está en el catolicismo. No habiendo leído aun detenidamente su discurso, me abstengo por ahora de examinarle.

Ya se ha hecho la adjudicacion del premio ofrecido por la Academia española al autor de la mejor obra en verso destinada á cantar los triunfos de nuestras armas en Africa. El señor Cervino ha obtenido la preferencia, otorgándose el accessit al señor Arnao, que tambien logró el del anterior certámen. Las poesias presentadas han sido 65, — y además del premio y el accessit, la corporacion ha resuelto conceder menciones honoríficas, imprimiendo tambien los cantos agraciados con ellas. Parece que el día 30 entregará la reina los premios con toda solemnidad en el magnífico salon del Conservatorio de música y declamacion, de modo que para la revista del mes próximo ya podré tener el gusto de aplaudir á los señores Cervino y Arnao, y examinar sus obras, dando á conocer á mis lectores algunos de los rasgos felices que en ellas campeen.

El día 12 se verificó en Madrid la entrada oficial de las tropas que han combatido en Africa con tanta gloria. Avanzando con un día de anticipacion de los pueblos inmediatos donde estaban acantonadas, vinieron á formar un verdadero campamento á cosa de una media legua de Madrid, en el sitio nombrado *la dehesa de Amaniel*. La tarde anterior al día de la entrada, la corte parecia despoblarse, marchándose todos sus habitantes en aquella direccion. Coches de lujo, omnibus, calesines y caballos se atropellaban y confundian por el camino, y de seguro no veian los soldados en algunos momentos de combate venir sobre ellos tal multitud de enemigos como ahora de compatriotas y admiradores. A la noche encontráronse acompañadas las tropas por infinito número de curiosos que velaron entre las tiendas por tener el gusto de presenciar el toque de diána y la operacion de alzar el campamento. Los reyes, viniendo á las ocho de la mañana de Aranjuez, recorrieron aquel acompaña los de las autoridades militares, y al medio día verificóse la entrada por las calles principales hasta Palacio, donde tuvo lugar el desfile. Decir que la concurrencia era numeroísima seria ocioso, lo mismo que ponderar el entusiasmo con que de todos los balcones llovian coronas y flores y poesias. Las banderas iban cubiertas de laurel, y con laureles adornábanse tambien los fusiles de los soldados.

Marchaban los batallones figurando los diversos cuerpos de ejército, llevando á la cabeza de cada uno de estos el general respectivo, y delante de todos el duque de Tetuan con el cuartel general y los oficiales comisionados por los gobiernos extranjeros para dar cuenta de las operaciones de la campaña.

Llamaban la atencion y eran esperados en todas las calles con avidez los regimientos que mas se han distinguido, así como los héroes de algunos episodios transmitidos por los corresponsales de periódicos. Sobre una silla conducian en hombros algunos entusiastas al trompeta del regimiento de Borbon, que viéndose cercado de moros cuando subido en una encina estaba cogiendo bellotas, tuvo la ingeniosa ocurrencia de llegarse á la boca el marcial instrumento y hacer resonar el toque de ataque á la bayoneta, ahuyentando con tan temido son á los africanos.

El perro Palomo, compañero inseparable de los cazadores de Baza, á quien fué inútil que no se permitiera embarcar primero en Barcelona y luego en Málaga, pues atravesando el mar no se sabe cómo, siempre se encontraba en el mismo punto que el batallon, al que se había agregado como voluntario, el perro Palomo herido en una pierna en el mismo combate en que pereció su amo, marchaba entre filas luciendo al pescuezo una corona de laurel con inscripciones en las cintas, regalo de un aficionado.

Entre las iluminaciones que aquella noche daban á Madrid casi tanta claridad como la luz del día, distinguíase la del Casino, formada de transparentes de gusto oriental, en que campeaban atributos de guerra y de victoria, y dos vistas representando el Serrallo y Tetuan. Lucecitas de gas encerradas en bombas de cristal adornaban el conjunto y semejando perlas luminosas, le daban un aspecto fantástico. El público no ha vacilado en otorgar la preferencia á esta iluminacion por el gusto y la novedad que la hacian sobresalir entre las otras.

Por lo demás, eran tambien dignas de mencionarse la del Ayuntamiento, la de la casa llamada de la Panadería en la Plaza Mayor, compuestas de farolillos de colores, la del Crédito moviliario, que era de gas, la de un almacen de ropas de la carrera de San Gerónimo y algunas otras que no recuerdo en este instante.

Los poetas que se reúnen en casa del señor marqués de Molins han publicado ya en un tomito la coleccion de cuadros de la guerra escritos en romances, destinando su producto integro á los heridos en la campaña. El coste de la edicion ha sido pagado por la reina, y la venta es muy considerable, agotándose los ejemplares en todas las librerías.

¿Versos digiste? Pues si Vds. quieren oír versos, ahí voy á dar á Vds. unos pocos, que en mi casa abundan estos géneros. Yo no sé si Vds. sabrán ya que acabo de publicar una coleccioncilla con el nombre de Anacreón-

tics de *última moda*, y como tengo á mis lectores por amigos míos, no quiero dejar de darles esta noticia: que si el tomito no es gran cosa, la benevolencia de quien por él pase los ojos podrá darle valor. Ahí va pues una muestra.

## MUSICOS Y DANZANTES.

Ya del mojado invierno  
Las largas noches llegan,  
De bailes y teatros  
Trayendo la cosecha.

Venid, del bello mundo  
Las pollas y las viejas,  
Nadando entre la espuma  
De gasas y de sedas.

¿Qué de blancas espaldas,  
Qué de gracias secretas,  
Que á medias publicadas  
La otra mitad revelan!

Allí entre aquellos senos,  
Envidia de pasiegas,  
A un duque rico y tonto  
Tal vez amor acecha.

Crepusculares ninfas,  
Que allá por la carrera  
Los dones de Hímenes  
Vais á ofrecer benéficas,

En apretado lazo  
Baillad á la alta escuela,  
O haced figuras púdicas  
En dulces habaneras.

Bailad, bailad alegres  
En salas mas modestas  
Donde hay mas caras guapas  
Si no mas ricas telas.

No es por amor al vicio  
Si aquí y allí se peca,  
Que es por buscar motivo  
Para hacer penitencia.

Marido y tres amantes  
Ostenta la condesa,  
Luciéndolos lo mismo  
Que aquel collar de perlas.

Y el conde á una modista  
Filántropo consueta,  
Mostrándola el camino  
Que acaba en la galera.

Seis novios entretiene  
La encantadora Elena,  
Hasta ver ¡pobrecita!  
Cual guarda mas talegas.

Ya el que abrió los salones  
Abre al buffet las puertas,  
Sin proteger á Horacio  
Llamándose *Me-conan*.

Agradecidos vientres  
Para elogiar se aprestan,  
Y zurcen gacetillas  
Que ilustrarán la prensa.

¡Baillad! sí; para bailes  
Vinimos á la tierra;  
Qué monos nos ponemos  
Los hombres dando vueltas

Bailad, y el amo lucea  
Sus salas y su mesa,  
Los hombres sus faldones,  
Carne y joyas las hembras.

## EL ENTUSIASMO EN CAMISA.

¿Veis cómo palmotea  
Aquel en el teatro?  
Le dieron la butaca:  
Por eso aplaude tanto.

¿Qué elogio al ministerio!  
¿Qué artículo tan largo!  
¡Vaya! si el que lo escribe  
Va á ser subsecretario.

¡Qué bien salta esa artista,  
Qué bien monta á caballo!  
¡Que salga! ¡allá van flores!  
A ver si me hace caso.

Musas, sopladme versos,  
De inspiracion me abraso:  
¡Ay! quiero ser ministro,  
Mas no tengo zapatos.

En viendo el comedero  
¡Qué bien cantan los pájaros!  
Y ¡cómo se parece  
La farsa al entusiasmo!

En fin, por este mes no tengo mas que contar á mis lectores: ya veremos si el que viene nos trae entre sus calores muchos sucesos agradables.

Madrid 31 de mayo de 1860.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

## La procesion del Corpus en Constantinopla.

De todas las procesiones de Constantinopla, las mas hermosas son seguramente aquellas que tienen lugar en Bebek, aldea que se encuentra á una hora de Constantinopla, donde existe el colegio francés dirigido por los lazaristas: nuestro dibujo representa una de esas procesiones, la del día del Corpus.

En el tiempo en que las tropas francesas se hallaban en Constantinopla, nunca faltaba un destacamento de la guarnicion que acudia á dar mas brillo á la fiesta, en tanto que la banda de música del campo del Maslak marchaba á la cabeza de la procesion. Cuando los franceses salieron de Constantinopla, los turcos quisieron reemplazarlos, y cada año el ministro de la Guerra ó el de la Marina envía á Bebek su música, en tanto que la corta guarnicion de Bebek se presenta con armas á escoltar á la procesion que atraviesa la aldea, cuya poblacion es principalmente musulmana.

De este modo la religion cristiana se ejerce libremente en Constantinopla, á la sombra de la media luna, lo mismo que á la sombra de la cruz. M.

## La Sicilia.

La Sicilia, teatro hoy de acontecimientos que embarcan la atencion de Europa, es el mas bello florón de la corona de Nápoles. Situada entre el Mediterráneo y el mar Tirreno, bajo un hermoso cielo, en una de las mas apacibles latitudes del globo, rodeada de pequeñas islas, entre las que se cuentan las de Lipari, las antiguas Eolias, separada del continente por el estrecho de Messina y los escollos de Scila y Caribdis, defendidas sus costas por una cadena de montañas, con volcanes en el interior, entre ellos el famoso Etna, una vegetacion rica y aguas abundantes, contiene tan bello pais todo cuanto la naturaleza puede crear para halagar la imaginacion del hombre.

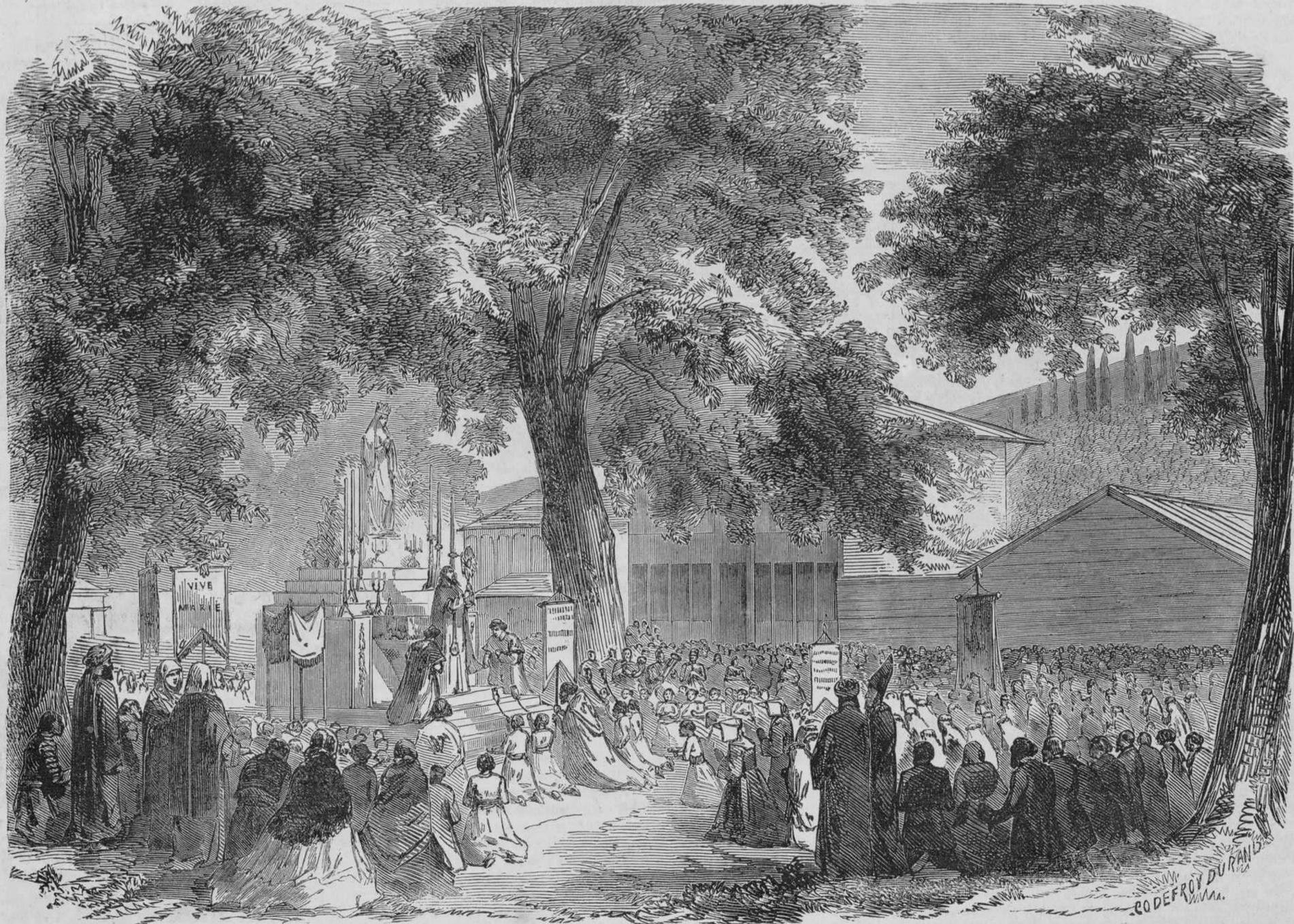
Su historia está enlazada con nuestra historia. Las famosas Visperas sicilianas, conspiracion acaudillada por Juan de Prócida, arrebataron su posesion del dominio de los franceses, para venir á manos de Pedro de Aragon en el siglo XIII, siendo española la isla hasta la paz de Utrech en la guerra de sucesion, que pasó á poder de la casa de Saboya antes de ser adjudicada á la casa de Borbon. Desde entonces participó de la suerte del reino de Nápoles de que formó parte, si bien el espíritu belicoso de sus habitantes se ha resistido en todos tiempos á confundir su nacionalidad.

Su constitucion política y sus leyes diferian mucho de las de los demás estados del continente, y las reliquias de los venerandos fueros de Aragon en la reunion de estados y division de brazos existia aun en 1812, en que la influencia inglesa sustituyó aquellas instituciones por otras mas en armonía con las suyas.

La superficie de la isla es de 1,370 leguas cuadradas, y la poblacion ascenderá á 2.000,000 de habitantes. Las ciudades principales son Palermo, Messina, Catania y Trápani, las cuales se comunican entre si por medio de buenos caminos, cuya construccion no se remonta mas allá del año 1832. Este pais, célebre en otro tiempo por su fertilidad, que había merecido el nombre de *granero de Roma*, dista mucho de la prosperidad que nos refiere la historia cuando las flotas de aquellas florecientes repúblicas cubrian los mares.

La administracion especial de la isla se ejerce por un gobernador ó virey que suele ser un miembro de la familia real, cuyos delegados son los gobernadores ó intendentes de los siete distritos en que está dividido el territorio. El pais en general abunda en elementos para dar pábulo á la insurreccion. Espíritu de independencia, carácter altivo y desconfiado de sus habitantes, llevados de instintos de venganza que rara vez dejan de satisfacer. La topografía ha favorecido siempre sus hábitos de brigandaje, y las gargantas y cordilleras, aunque no muy elevadas, son á propósito para burlar la persecucion.

Al sudoeste de Palermo es donde ha sido el teatro de



LA PROCESION DEL CORPUS EN CONSTANTINOPLA.

los últimos acontecimientos. Allí está, junto al cabo Boco, Marsala, donde ha desembarcado Garibaldi, Alcamo, Calafatini, Monreale, y algo mas distante, Trá-

pani. La lucha promete ser empeñada, tomando cada día mayores proporciones. En Palermo hay edificios muy notables; entre ellos

el palacio senatorial donde se ha instalado Garibaldi al penetrar en Palermo, que se halla en la plaza Pretoriana, y fué comenzado el año 1300, habiéndose con-



UNIFORMES DEL EJÉRCITO NAPOLITANO.

- Artillería.
- Carabinero.
- Gendarmería.
- Cazador de caballería.
- Cazador de infantería.
- Lancero.
- Guardia de corps.
- Guía.
- Soldado suizo.
- Guardia real.
- Húsar de la guardia.
- Guardia de honor.
- Músico.
- Dragon.



EL PALACIO REAL EN PALERMO.

cluido y perfeccionado en 1470. Encierra este palacio una biblioteca pública con mas de 40,000 volúmenes y una porcion de manuscritos antiguos y modernos.

La universidad, el seminario y los hospitales son tambien construcciones que hermocean mucho á la ciudad; pero lo que sobre todo llama en ella la atencion, es el Palacio Real, que se ve representado en nuestro dibujo. Este palacio ha sido en lo antiguo una fortaleza musulmana defendida por muchos torreones, de los que solo queda hoy uno que sirve de observatorio astronómico, y en este edificio tenia su residencia el virey. — Este palacio está situado cerca de la *Porta Nova*. La fachada se compone de arquitectura moderna y antigua; encierran sus habitaciones antigüedades preciosas. Tiene tambien una capilla, revestida de losas de mármol blanco y pórfiro y mosaico. Su arquitectura gótica es muy majestuosa, y se erigió bajo la advocacion de San Pedro. Guarda este edificio en su observatorio memorias dignas de atencion y respeto, como son el círculo y los instrumentos construidos en Lóndres por Ramsden, dirigidos por Plazzi, y con los que descubrió en 1801 el planeta Cérés. »

las naciones que han dado grandes hombres á las letras, la Alemania es la que mejor sabe conservar su culto. Un ejemplo reciente tenemos en el entusiasmo con que se han celebrado las fiestas de Schiller; todos los alemanes se han interesado en ese homenaje nacional hecho á uno de los mas grandes escritores de su patria.

El 10 de mayo una nueva fiesta ha tenido lugar en Basilea en honor del poeta Hebel.

Esta fiesta interesa igualmente á la Alemania y á la Suiza. El poeta Hebel es muy popular en Alemania. La sencillez de sus alegorias y de su estilo pone sus obras al alcance de todos; su libro es el primero que leen los niños.

La fiesta tuvo pues un doble carácter nacional; fué como el dialecto en que están escritas las poesías de Hebel, una mezcla de aleman y de suizo.

**Estudios de costumbres.**

**EL SUEÑO DE LA MARQUESA (1).**

I.

— Ahora que estamos solos, dijo la marquesa al duque despues de haberse levantado á ver si se ha-

(1) Los personajes de esta historia son todos verdaderos; lo único alterado es el nombre de cada uno de ellos.

**El poeta Hebel.**

Nadie es profeta en su pais, dice un antiguo proverbio lleno de sabiduria. Pero hé aquí una ciudad que hace mentir al proverbio. Es verdad que es una ciudad casi alemana, y de todas



EL POETA HEBEL.



EL GENERAL CONDE DE GOYON, COMANDANTE EN JEFE DEL CUERPO DE OCUACION DE ROMA.

llaban bien cerradas todas las puertas de su precioso *boudoir* azul; ahora que estamos solos, voy á hablar á Vd., amigo mio, de un asunto para mí muy importante.

La solemnidad con que pronunció estas palabras, su acento grave, su mirada fria, todo revelaba que desde mucho tiempo estaba preparada la marquesa para la escena que iba á representar.

El duque lo comprendió así, y como el espectador que ve levantar la cortina para el primer acto de una comedia ó de un drama, se arrellanó bien en su sillón, cruzó una pierna sobre otra, y se dispuso á escuchar lo que su interlocutora queria decirle, limitándose á responder :

— Hable Vd., señora.

La marquesa tiene veinte cuatro años y es viuda; el duque cuarenta y ocho y es soltero: aquella posee una hermosura deslumbradora; este un patrimonio considerable: el duque se halla enamorado de la marquesa; la marquesa está enamorada del patrimonio del duque. Su sueño, su ambicion, su deseo constante son llegar á competir con la duquesa de Alba y la duquesa de Medinaceli, esas dos reinas, esas dos deidades de la sociedad de Madrid. Para conseguirlo cuenta ya con su peregrina belleza; pero le falta todavía una gran fortuna.

Explicada rápidamente la situacion de cada uno de nuestros dos personajes, prosigamos refiriendo su diálogo.

— Duque, dijo la marquesa volviéndose á sentar, alisando con su mano de alabastro sus cabellos de oro y alargando su microscópico pié para atraer hácia sí una banqueta que no necesitaba; duque, repitió con una voz de sirena y un acento dulcísimo, quizás voy á perder su amistad de Vd., que tengo en tanto... pero antes que nada es el cuidado de mi reputacion; antes que nada es evitar los tiros venenosos de la maledicencia.

Y la marquesa acompañó estas palabras ambiguas con un suspiro profundísimo y una mirada penetrante.

El duque hizo un movimiento imperceptible con la cabeza, descruzó las piernas y volvió á cruzarlas, poniendo la que estaba debajo encima, y la que estaba encima debajo.

— Vivimos en un círculo, continuó la marquesa, en el que se juzga por las apariencias únicamente, y en el que se absuelve ó se condena con arreglo á ellas. Además, los que tenemos la desgracia de hallarnos un poco en evidencia, sufrimos mas que los que no lo están los ataques de la envidia y de la calumnia. Yo, por ejemplo, jóven, viuda, sola en el mundo, sin un esposo que me proteja, sin un padre que me escude, me hallo expuesta como nadie á los tiros de la malevolencia. Así, no debo omitir medio alguno para imponer silencio á los que pudieran maltratarme y ofenderme; y para no dar pretexto, siquiera leve, á la chismografía.

El duque no aprovechó la pausa que hizo su interlocutora para tomar á su vez la palabra, contentándose con agitar convulsivamente los sellos y juguetes de la cadena del reloj.

— Yo, bien lo sabe Vd., amigo mio, prosiguió la marquesa despues de haber sacado y vuelto á guardar su pañuelo; profeso á Vd. una estimacion verdadera y un agradecimiento profundo á la que me demuestra; pero la gente principia ya á murmurar de nuestras inocentes relaciones; los vecinos observan que su carruaje de Vd. pasa dos ó tres horas todos los días á la puerta de mi casa; y he observado las sonrisas maliciosas de mis amigos cuando Vd. escolta á caballo mi carretela en la Fuente Castellana.

— Entonces, ¿qué desea Vd.? exclamó el duque con mas viveza de la que solia emplear en su lenguaje. ¿Que renuncie á su trato, á su amistad de Vd., solamente por temor *al qué dirán*, á las suposiciones y á la malicia de la gente?

— No deseo eso, replicó la marquesa; aunque juzgo indispensable que disminuya Vd. el número de sus visitas; que no me acompañe en público, y que no pase en mi palco del Teatro Real la mitad de la funcion de cada noche.

Pintóse en el rostro frio del duque un doble sentimiento de dolor y de cólera; con una mano se retorcía sus espesos y negros bigotes, y con la otra cogió su sombrero que habia dejado sobre un velador inmediato á la silla que ocupaba. Pero sin embargo no se puso en pié.

— Está bien, señora, dijo amargamente; la obedeceré á Vd... Dejaré de verla, puesto que me lo exige... Renunciaré á su trato de Vd., que me era tan agradable, ya que me lo impone por medio de un pretexto...

— No es un pretexto, duque; las razones que he manifestado á Vd. son poderosas, son irresistibles, y debo sacrificarlo todo al cuidado de mi reputacion y de mi buena fama. Por lo mismo que soy libre é independiente, he de procurar que no se interpreten mal mis acciones; por lo mismo, en fin, que no tengo que dar cuentas á nadie, estoy en la obligacion de que el mundo y la opinion no se las reclamen.

El duque la interrumpió con una sonora carcajada, mitad de burla y mitad de despecho.

— Permita Vd. que me ria, marquesa; permita usted que me ria de sus precauciones y de sus escrúpulos. Si Vd. tiene tranquila su conciencia, si nada hay de reprehensible ni de culpable en nuestra amistad, ¿porqué hemos de cortarla ó disminuirla por consideraciones frívolas ó pequeñas? Una de dos: ó Vd. me profesa algun afecto, y en ese caso debe ser ménos meticulosa, ó no me tiene ninguno, y entonces puede Vd. decirme con absoluta lisura y enterá franqueza: «Amigo mio, su trato de Vd. me es antipático; con que no vuelva á poner los piés en esta casa.»

Hablando así el duque se levantó.

— ¡Oh! ¡Nada de eso! exclamó la marquesa deteniéndole con una mirada y haciéndole sentar de nuevo con un ademán. Al contrario, bien sabe Vd. cuánto atractivo me ofrece su conversacion; bien sabe Vd. que á ninguno de mis amigos demuestro la deferencia, el aprecio que á Vd... Pero mi posicion es delicada y difícil, y no quiero dar derecho á mis enemigos para que supongan...

— ¡Derecho! ¡derecho! la interrumpió el duque con violencia. Aunque Vd. no se lo dé, ellos se lo tomarán; si no soy yo el objeto de sus suposiciones, será otro cualquiera; el mas ridiculo, el mas absurdo, el mas insignificante; su administrador, su cochero ó su lacayo de Vd... Pero ¿mancharán sus calumnias la pura, la limpia, la inmaculada virtud de Vd.? ¿lograrán arrebatara el respeto que con ella ha sabido Vd. inspirar á cuantos la conocen, á cuantos la admiran? — Así, señora, añadió el duque cambiando de tono, Vd. es dueña de seguir la línea de conducta que guste; yo no variaré en un ápice la mia. Vendré como hasta aquí una ó dos veces todos los días á su casa de Vd.; si Vd. me recibe lo celebraré mucho; y si no, no me dará por ofendido. En la Fuente Castellana, en los teatros, en los bailes, la hablaré y la acompañaré á Vd. si me lo permite; por último, no creeré que la soy molesto ó importuno si Vd. no me lo declara paladinamente.

— ¡Ah, duque! dijo la marquesa con acento trágico. ¿En qué horrible conflicto me quiere colocar Vd.!

— ¿Conflicto? No tal; yo no le obligo á Vd. á nada; la dejo en absoluta, en plenísima libertad para que pueda escoger entre el mundo y yo. De ese modo verá si me tiene Vd. algun afecto, y si es mas poderoso este que las pretendidas exigencias de aquel.

El duque se puso en pié, y con su gravedad ordinaria, porque habia desaparecido la viva conmocion que le agitara un instante, tendió la mano á la marquesa, la hizo un saludo elegante y gracioso, y salió de la estancia diciéndola:

— Hasta la noche, que espero ver á Vd. en el Teatro Real.

## II.

La marquesa fué entonces la que perdió la calma que habia conservado durante la escena anterior; levantóse pues rápidamente, dió dos ó tres vueltas muy agitada, y despues de haber pronunciado algunas frases incoherentes entre dientes, tiró con fuerza del cordón de la campanilla. Un criado de librea apareció al momento.

— Cuando venga el señor duque, le dijo, sea de dia, sea de noche, á cualquiera hora que fuere, digan ustedes siempre que no estoy visible.

El lacayo se inclinó profundamente y se retiró en seguida.

— ¡Veremos quién vence! exclamó la marquesa con impetuosidad cuando se halló otra vez sola. Si me ama como me lo da á entender con sus obsequios, ¿porqué no me lo dice? Libres, independientes los dos, ¿porqué no me ofrece su mano? Pero no importa: yo sabré obligarle á ello!

Y volviendo á tocar la campanilla, dijo al criado que no tardó en presentarse:

— Que pongan al punto la carretela.

En efecto, el resultado no habia correspondido á lo que esperaba la marquesa del paso que acababa de dar: el primer combate habia sido para ella una derrota. Sobrado confiada en el amor que el duque la demostraba, creyó verle temblar á aquella calculada y hábil intimacion; y sobrado persuadida tambien del poder de sus encantos, no dudó que el frio y artero personaje no cayera á sus piés pidiéndola que le otorgara el dulce nombre de esposo.

¡Imagnese la sorda, la violenta irritacion de la marquesa! ¡Todos sus cálculos habian salido fallidos! El duque casi se habia burlado de ella. En lugar de temblar, se habia enojado primero; se habia reido despues. Así aquel castillo de naipes trabajosamente levantado, vino por tierra desde el primer instante; así todos aquellos largos y minuciosos preparativos habian sido inútiles y estériles.

¿Tenia alguna parte el amor en el despecho de la marquesa? El duque, á pesar de sus cuarenta y ocho años, era todavía un hombre de arrogante figura; dotado de un entendimiento claro, de una instruccion sólida, de una imaginacion brillante, cautivaba desde el principio por sus cualidades físicas y por sus prendas morales. Nadie le aventajaba en el arte de sostener una conversacion viva y chispeante; nadie le excedia en elegancia, pocos en gracejo, ninguno como jinete y como tirador de armas. De ahí su inmensa, su colosal reputacion; de ahí sus innumerables triunfos entre el bello sexo; de ahí el ser durante treinta años quien ponía la moda en Madrid en carruajes, en caballos, hasta en mujeres. Cuando él distinguía á alguna, cuando la tributaba sus obsequios, esto bastaba para que todos fijasen la atencion en ella; para que muchos desearan, no competir con el duque, porque esto pasaba por imposible, no habiendo memoria de que hubiese sido nunca vencido, sino sucederle cuando se le hubiera pasado el capricho del momento.

Los que conocian bien al duque aseguraban que habia inspirado infinitas pasiones, sin sentir ninguna hasta entonces. La marquesa de Villareal, con su hermosura fresca y juvenil, con su historia singular y novelesca, era quizás la única que habia conseguido interesar profundamente al duque de Rio-Florida; por ella hacia lo que no habia hecho jamás: rendirla ar-

diente y fervoroso culto; seguirla, acompañarla á todas partes; dejar entender, en fin, á los demás la aficion que la tenia.

Contemos ahora en breves palabras la que hemos llamado historia singular y novelesca de la marquesa.

## III.

Elena de Inestrosa habia perdido su madre al nacer; hija de un valiente é ilustre militar, al partir este para el Norte en la guerra de los siete años, la dejó en el convento de las Salesas Reales, confiada al cuidado de su amigo el marqués de Villareal. — Poco despues, en la batalla de Mendigorría, sucumbió cubierto de heridas y de gloria el bravo y desgraciado coronel, nombrando tutor y curador de la triste huérfana al noble anciano que hemos citado arriba.

Sucedía esto en 1836, y tenia entonces cuatro años Elena; así desde su niñez se acostumbró á mirar al marqués como á un padre, al paso que este cobraba singular cariño á aquella niña pobre y abandonada. Villareal no se habia casado, y por primera vez comprendió los puros y dulces goces de la familia al fijar toda su ternura en el ser débil y desvalido de quien era único sosten y única esperanza. Así, cuando Elena hubo terminado su educacion, llevóla á su casa, la instaló en ella con gran lujo, y poco despues la dió su nombre y su mano.

¡Figúrense los lectores la sorpresa que en Madrid causaría un enlace tan inesperado y tan monstruoso! Monstruoso, sí, porque Elena contaba poco mas de tres lustros, y el marqués habia nacido en 1796. Llovieron pues sobre el matrimonio los epigramas y los sarcasmos, prediciendo unos próxima separacion, vaticinando otros éxito todavía peor á la calaverada del marqués.

Y todos no obstante se equivocaron lastimosamente: ni un solo día cesaron de reinar la paz y la ventura en la mansion de los nuevos esposos: Elena profesaba una sincera gratitud y un profundo respeto á Villareal, y este seguía demostrándola un afecto puramente paternal.

Lo que nadie sabia es que la noche de la boda, cuando el anciano se quedó solo con su mujer, puso sus labios trémulos y secos sobre la frente fresca y nacarada de esta, y tomándola de la mano la condujo gravemente á su cuarto, retirándose en seguida al suyo, situado en el extremo opuesto de la casa.

Lo propio continuó haciendo los ocho años que vivió despues.

Porque el marqués habia procedido en lo que el mundo, con su exactitud y su justicia de costumbre llamaba locura, animado de un generoso, de un sublime pensamiento. Conociendo que su vida no seria ya larga, no quiso dejar á Elena expuesta á las asechanzas y á las persecuciones de los libertinos y de los ambiciosos, ni presentarla en la sociedad sino con el escudo de un nombre ilustre y de una posicion elevada. Así, el día que él muriese todos considerarían mas á la viuda que á la huérfana, y Villareal podría protegerla y ampararla todavía desde la tumba. Otra consideracion habia influido mucho en el paso dado por el marqués; sus herederos, furiosos con el matrimonio de un tío cuyas riquezas creían pertenecerles, dejarían sin embargo á la jóven en quieta y pacífica posesion de ellas desde el momento en que las debiese, no á un protector, sino á un esposo.

Elena justificó desde el principio las bondades y la abnegacion del marqués, y durante el tiempo que estuvieron unidos fué para él una compañera dulce, afectuosa, angelical. De cuando en cuando, y siempre del brazo de su marido, hacia breves apariciones en el gran mundo, ó se presentaba en los teatros y en los paseos; pero su actitud era tan digna y tan imponente, que ni uno solo de sus infinitos admiradores se atrevió nunca á dirigirla el mas ligero obsequio. Querida de las mujeres, á quienes no disputaba sus amantes; respetada por los hombres, á los cuales no habia tenido ocasion de desairar, sus enemigos, ¿quién no los tiene? no podían acusarla sino de ser una hermosa estatua sin inteligencia y sin corazon. La verdad es que una y otro existían, pero dormían en la atmósfera pura y tranquila en que respiraba Elena. Su inocencia virginal la defendía contra las pasiones que hubieran podido agitarla, y en el fondo de aquel retiro casi absoluto, vivía dichosa sin sospechar que hubiese mas goces que los que ella disfrutaba.

Murió el marqués en 1857, y Elena le lloró amargamente; cumplido el año de luto, cuando su pena se hubo calmado, asustóse de su soledad y huyó de ella. Entonces por primera vez se vió rodeada de una multitud de adoradores interesados, que quisieron embriagarla con su incienso, y no lograron sino conquistar-se su antipatia. Entonces también conoció al duque de Rio-Florida, y adivinó en él un hombre superior á los parásitos despreciables que la perseguían, deseosos de poseer su modesta fortuna: seis mil duros de renta.

Al duque, *blasé* de las mujeres como de todo, le pareció una cosa verdaderamente nueva é interesante aquella viuda de veinte y tres años que no habia dejado de ser una doncella candorosa é inocente. No diremos que al principio no abrigara alguna idea culpable; pero pronto la arrojó lejos de sí y pensó en lo que nunca habia pensado: en casarse. Sinceramente enamorado de la marquesa, le sorprendió y le irritó á un tiempo la frialdad que le manifestaba; dispuesto á abordar él mismo la cuestion, le incomodó que ella tomase la iniciativa.

Hemos indicado la causa única que impulsó á Elena á obrar como había obrado: la ambición. Al volver á la sociedad después de la muerte de su esposo, halló rivales donde había dejado amigas. Todas comprendieron que entraba en la palestra una mujer temible, que podía sostener ventajosamente la lucha, que podía vencerlas y eclipsarlas. Comenzó pues una guerra sorda, pero tremenda; las unas la abrumaron con su lujo y con su superioridad social; las otras la persiguieron con sus invectivas y sus calumnias. Así, el primer mal sentimiento que brotó en el sencillo corazón de la joven fué el de venganza. Ya no le bastó ser la mas bella, la mas elegante, la mas graciosa; sino que quiso ser también la mas ilustre, la mas opulenta, la mas envidiada.

Al ver á sus piés al duque, creyó realizadas todas sus quimeras, y se dijo para sí lanzando un suspiro de alegría y de satisfacción:

— ¡Seré duquesa! ¡Seré grande de España!

## IV.

Después de la escena que hemos referido en el primer capítulo, Elena se vistió á toda prisa, se arrojó dentro de su carretela, y se hizo conducir á la Fuente Castellana. Según costumbre, el duque vino á cacolear al rededor del coche con su caballo, como si nada hubiese ocurrido entre los dos, jovial, afable, decididor, chistoso: la marquesa le contestó con seriedad; á la segunda vuelta mandó á su cochero tornar á casa. El duque sin manifestar extrañeza, la preguntó si iría después al Teatro Real.

— No sé; dijo ella haciéndole un saludo ceremonioso.

Y aquella noche prefirió aburrirse sola en su gabinete á acudir á la cita indirecta de Río Florido.

A la mañana siguiente, á la hora de costumbre, se presentó este en casa de la marquesa, dejando una tarjeta al decirle el portero que la señora había salido.

A la noche volvió también y oyó la propia respuesta. Durante un mes repitió sus visitas con igual resultado.

Pero el duque había resuelto no darse por ofendido, y en paseo y en el teatro continuó acercándose á Elena, la cual acabó por no ir á paseo ni al teatro.

La calma y la impasibilidad de aquel hombre la tenían fuera de sí.

Entonces comenzó á decir á sus amigas y á sus enemigas, á sus enemigas sobre todo, que iba á emprender un viaje de algunos meses.

La cosa era muy natural, porque entre tanto había llegado el de abril.

Acordóse Elena de que en Pancorbo tenía una casa y algunas tierras á las cuales no les vendría mal que su dueña las conociese, y resolvió ir á pasar el verano en Pancorbo.

Mandó pues orden de preparar, de limpiar y de amueblar la casa, que no se había habitado hacia muchos años.

Después distribuyó ella en persona unos cuantos centenares de tarjetas, en uno de cuyos extremos se leían las dos letras S. D., y por fin, mandó sacar de la cochera y colocarla en el portal su berlina de viaje.

El duque proseguía repitiendo sus dobles y extérriles visitas á la marquesa, dejándola por la mañana una tarjeta y por la noche un recado.

## V.

De todos modos, pensaba Elena, el viaje no será infructuoso. Si el duque no se decide en vista de mi obstinación en huir de él, siempre me servirá para hacer algunas economías. Seis mil duros de renta no dan para mucho en Madrid, y el invierno me ha costado muy caro.

Esta reflexión sensata y oportuna la hizo redoblar sus preparativos de viaje, y fijó para su partida el 18 de mayo.

Pero aquel día hubo de suspenderlo, después de haber enviado una tarjeta de despedida al duque, porque la acometió una espantosa jaqueca; enfermedad que antes no había padecido.

Aliviada de ella, volvió á señalar el 22 para emprender la marcha.

Mas parecía que alguna fatalidad pesaba sobre esta, pues llegado el 22, Elena tuvo un horrible ataque nervioso.

Por fin, declaró á todo el mundo que aunque se muriese en el camino saldría de Madrid el 28; y justamente por la mañana recibió una carta de su administrador de Pancorbo en que la suplicaba que dejase pasar una semana antes de ir allá, en atención á que los papelistas y los tapiceros estaban muy atrasados; y entonces, aunque contra su voluntad, no tuvo mas remedio que suspender otra vez su salida.

El 2 de junio todo se hallaba dispuesto para ella; llenas las vacas del carruaje de ropa, pedidos los caballos, avisados los amigos, hechas las acostumbradas provisiones de boca, terminado el vestido de viaje, en excelente salud la marquesa y los criados que debían acompañarla... cuando acertó á llegar una papeleta de convite para el gran baile que un embajador extranjero debía dar en la noche del 7.

— ¡Bah! dijo Elena á su doncella que se disponía á vestirla, he suspendido tantas veces mi partida, que estoy por suspenderla otra para asistir á la magnífica fiesta de la embajada.

— Hará V. E. perfectamente; contestó la muchacha, que dejaba á su novio en Madrid.

Este consejo desinteresado acabó de decidir á la marquesa, la cual concurrió al sarao, donde el duque y otras varias personas la dirigieron bromas mas ó menos ligeras sobre sus conatos de viaje, siempre frustrados por la casualidad.

La marquesa regresó furiosa á su casa, jurando que antes que exponerse de nuevo á las cuchufletas de sus amigos, se iría aunque fuese á la Tebaida.

Pancorbo no es la Tebaida, sino poco menos.

Tomada aquella resolución heroica, Elena determinó partir á la tarde siguiente... y con efecto no partió.

Pero no fué la culpa suya; su doncella quiso parodiarse á su señora, é improvisó también una indisposición repentina para detenerla.

## VI.

El 10 de junio de 1839, á las siete de la mañana, salió al fin la marquesa de Madrid: media docena de personas, sus amigos mas íntimos y sus enemigas mas encarnizadas, los unos por sentimiento, las otras por alegría de su ausencia, acudieron á despedirse, á pesar de lo incómodo de la hora. Entre ellas estaba el duque, cuyo rostro había perdido su expresión gravemente sarcástica, reemplazándola una sombra de dulce melancolía.

— No tardaremos en vernos, dijo á Elena al darle la mano para subir al carruaje; pero no sea Vd. por Dios tan cruel conmigo.

La marquesa no respondió una palabra; le hizo un saludo frío que contrastó con los muy afectuosos dirigidos á los demás, y la silla de posta echó á andar á buen paso.

Elena no sacó la cabeza para ver al duque, pero le miró por un ventanillo que había en la parte trasera de la berlina, notando con júbilo en su rostro las huellas de un pesar sincero.

En cuanto hubo traspuesto las tapias de Madrid, hizo una prevención muy extraña al postillon, que repitió á cuantos le reemplazaron en las otras paradas: que atendiendo al estado de su salud y á su temor á los vuelcos, no fuesen demasiado de prisa.

Cada cinco minutos Elena observaba por la ventanilla de que hemos hablado antes, si algun carruaje la seguía.

Y cuando no divisaba nada en las áridas llanuras de Castilla, suspiraba profundamente y se mordía los labios hasta hacerse sangre.

El viaje fué triste, pesado é incómodo, porque la marquesa se detuvo á dormir en varios pueblecillos miserables, y todas las mañanas al ponerse nuevamente en marcha, tenía cuidado de informarse del maestro de posta de si había pasado durante la noche algun carruaje particular. Al oír de todos igual respuesta negativa, siempre hallaba ocasion de reñir á su doncella por alguna falta que suponía haber cometido.

Hé ahí la única distracción y el solo entretenimiento de la marquesa durante su peregrinación de Madrid á Pancorbo; reñir á la pobre muchacha, que á su vez iba de un humor detestable por causas que no ignoramos.

Por fin al cuarto día Elena divisó el famoso desfilaro, las lúgubres montañas de pizarra, las peladas crestas, los desnudos montes que rodean al punto de su destino. Entonces no pudo contenerse mas, y un torrente de lágrimas corrió de sus ojos. ¿Y qué lloraba ella? ¿Sus ilusiones perdidas, sus proyectos burlados, sus cálculos destruidos? ¿Eran aquellas lágrimas hijas de su secreto amor, ó de una desesperación verdadera?

Durante los años de su matrimonio y de viudez, la marquesa se había dedicado con suma intemperancia á las novelas modernas, y esta lectura, sin conmover su alma, había dado un giro extraño á sus ideas, haciéndola á un tiempo positiva y fantástica, poética y material. Fria de corazón, ardiente de cabeza, hallaba medio de enlazar sus intereses con las quimeras que se forjaba; así su plan estratégico para llegar á ser esposa del duque de Río-Florido era una novela dictada por su ambición y por su imaginación acalorada.

Imagínese si debía sufrir en su amor propio, una vez convertida en heroína de novela, al ver que no se realizaba ni una sola de sus esperanzas; al principio había pensado mirar al duque á sus piés, implorando como el mayor de sus favores lo que ella ardientemente deseaba: luego se creyó alcanzada, detenida en medio del camino por un amante cariñoso y tierno; por último, ya se figuraba su regreso á Madrid sin haber llegado á Pancorbo, su entrada triunfal en la corte, seguida, como los conquistadores de la antigüedad, de sus prisioneros y de sus esclavos. La marquesa no llevaba sino uno, es cierto; ¿pero qué importa si este valia por todos los demás?

En lugar de tan risueños y placenteros cálculos, Elena se encontraba enfrente de la amarga, de la triste realidad; enfrente del sucio, del feísimo pueblo en que iba á sepultar sus encantos. Pero como el naufrago que se ahoga, ella también buscó su tabla de salvación. ¿Porqué no veía aparecer allí á Río-Florido, mas apasionado que nunca, al cabo de breves días? ¿Porqué no se efectuaría su reconciliación primero, su matrimonio después, en el tranquilo y sossegado albergue que ella había elegido, lejos de las miradas de los curiosos y de los importunos? Esta idea y la proximidad de Pancorbo la hicieron enjugar sus lágrimas apresuradamente, y dedicarse á la contemplación del cuadro que se desplegaba ante sus ojos.

La tarde era hermosa y apacible; los tibios rayos del sol al ponerse doraban los gigantescos picos de las rocas; una brisa templada y suave agitaba las espigas de los campos meciéndolas dulcemente; oíase el canto del ruiseñor y el de la alondra, refugiados en alguno de los escasos árboles del camino; y en fin, hasta un arroyuelo limpio y jugueton murmuraba entre las peñas y los guijarros desprendidos de las altas cumbres. Una turba confusa de niños, de ancianos y de mujeres aguardaba á la marquesa en las cercanías del pueblo, porque segun puede suponerse, la llegada de aquella era un grande, un inmenso acontecimiento de que todo el mundo hablaba hacia dos meses. ¡Con qué curiosidad se habían observado los diferentes preparativos que lo anunciaban! ¡Con qué interés se había seguido el progreso de las obras en la antigua y abandonada casa! ¡Qué sorpresa produjo ver sus sucias paredes cubiertas de rico papel de colores y oro! ¡Qué admiración los muebles que Elena enviaba de Madrid, viejos y pobres para aquí, y allá magníficos y suntuosos! Por fin, cuando se recibieron la carretela y el piano, el asombro de los pancorbenses llegó á su colmo, declarándose por unanimidad que la marquesa traía mas tren y mas aparato que una reina.

Y en efecto, en un humilde pueblo, donde los refinamientos de la civilización no han penetrado todavía, en medio de gentes que no conciben sino sus modestas necesidades, debían parecer un lujo oriental las blancas cortinas de muselina, que se veían desde la calle; las arañas de reluciente cristalería suspendidas del techo; el portal limpio y pintado como una sala; el carruaje vetusto, el piano cascado. Así aquella tarde no quedó un alma en los campos próximos, en las granjas inmediatas ni en el interior de las habitaciones: los que no estaban en las calles, asomaban sus rostros curiosos por las ventanas y balcones de las casas; los que no aguardaban á la entrada se habían colocado frente al palacio de la señora, para ver á esta apearse de la silla de posta.

El administrador de la marquesa, montado en una de las dos yeguas de esta, y el señor cura de Pancorbo, caballero en un escuálido rocín, habían ido á cierta distancia á saludar á la noble viajera: colocándose después á ambos lados del coche, formaban una especie de escolta de honor, y aumentaban el efecto de aquel recibimiento solemne. Delante marchaba un correo, haciendo resonar un látigo sonoro, precedido, á guisa de batidores, de una docena de haraposos chiquillos que de cuando en cuando gritaban:

— ¡Viva la señora marquesa!

Al cruzar por la calle Mayor, venia en dirección opuesta un joven de simpática presencia en un alazan español, brioso á pesar de sus años: jinete y corcel tuvieron que detenerse para dejar paso á la marquesa, saludándola el primero con respeto y gracia á la par.

— ¿Quién es ese joven? preguntó la marquesa á su administrador.

— Es el señor conde de Pancorbo, repuso aquel: la providencia de los pobres y de los desgraciados.

— ¡Un conde! exclamó la marquesa sorprendida, comparando al que tenía delante con los atildados dandys que solían rodearla en la Fuente Castellana.

— Y grande de España de primera clase, señora; dijo don Antonio el administrador; y tan llano, tan amable, como si fuera un campesino.

La sorpresa de Elena no tenía nada de extraña, porque ni el traje ni el ademán del conde de Pancorbo indicaban su alta posición. Vestía pues una especie de blusa de cutí gris; unos pantalones de tela de lana de igual color; un sombrero de paja de anchas alas, asaz deteriorado y aun mugriento; una camisa de lienzo ordinario, y unas botas sin lustrar de tosco becerro.

Pero si su atavío era modesto y descuidado, hacían olvidarlo todo la gallardía de la figura, la distinción natural de los modales y la elegancia instintiva del que lo llevaba. Para saludar á la marquesa se había quitado el conde el sombrero, dejando ver una noble y anchurosa frente, rodeada de negros y abundantes cabellos; unos ojos azules llenos de fuego y de expresión; y en fin, al inclinarse sobre el caballo había manifestado lo suelto y flexible de su airoso talle.

La marquesa era demasiado mujer para que se le escaparan desde el principio ninguna de las relevantes prendas físicas del joven; y sin embargo, su vista le causó desagradable impresión. Los dos eran grandes de España; pero ¡qué diferencia entre el duque y el conde! El uno parecía el tipo del *gentleman* inglés, limpio, atildado, aristocrático; el otro hubiera podido pasar por el mozo de un molino, yendo en comisión del servicio al pueblo.

Peor fué cuando el señor cura, creyendo decir una galantería agradable á la marquesa, tomó parte en el diálogo y añadió:

— ¡Qué buena pareja harían él y Vd., señora!

Elena dirigió una mirada rápida de lástima al buen sacerdote, y otra de desprecio al conde, que se sonrojó sin saber porqué.

Habiase alejado el carruaje de la marquesa, con la turba bulliciosa que le acompañaba, y aun permanecía el mancebo parado en la calle, con el sombrero en la mano, con la vista fija en la silla de posta que, al desaparecer, dejaba en pos de sí una densa nube de polvo.

Por primera vez en su vida se avergonzó aquel de sí mismo, porque examinando su traje y su persona penetró el origen del saludo glacial, de la mirada desdeñosa con que le había correspondido Elena.

En lugar pues de seguir adelante, el conde, triste, abatido, humillado, volvió lentamente á su casa, entregó el caballo á un criado viejo que le esperaba en la puerta, y subió á su cuarto sin responder á las cariñosas preguntas que con el mas vivo interés le dirigia el pobre anciano.

PEDRO FERNANDEZ.

(Se concluirá.)

**Entrada triunfal**

DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA EN MADRID EL 11 DE MAYO.

El 11 de mayo será un día de eterna memoria para la población de Madrid. La explosión del entusiasmo madrileño ha sido inmensa; ha sido el último eco de la gloriosa campaña de Africa, la voz de la victoria que ha saludado al ejército vencedor de las huestes morunas.

Desde las primeras horas de la mañana, dice el diario de Madrid la *Epoca*, del que vamos á tomar la reseña que se leerá á continuación, se hallaban ocupadas todas las calles de Madrid, las avenidas de la estación del camino de hierro y las del campo de Amaniel, por un inmenso gentío.

Empezamos por el campamento, donde pasó la noche medio Madrid.

A medida que asomaban por Oriente las primeras tintas del día, iba acreciéndose la concurrencia con los in-

finitos que acudian animados del deseo de asistir al toque de diana.

Al romper las bandas, un clamor universal se levantó de todos los ángulos; los que habian respetado el momentáneo reposo de los generales, se amontonaron delante de las tiendas, y lo mismo la del general O'Donnell que la de los demás generales, se vieron materialmente inundadas de gente.

Su Majestad la reina, que tanto anhelaba el momento de ver dentro de los muros de Madrid á los vencedores de Africa, habia señalado la hora de las siete de la mañana para salir de Aranjuez, y aun no eran pasados diez minutos de esa hora, cuando el tren real atravesaba ligero como el rayo las floridas márgenes del Tajo.

La velocidad del tren no fué, sin embargo, tanta como en otras ocasiones, y así hasta las ocho y media no llegaron los reyes á Madrid.

En la estación fueron recibidos por los ministros y las autoridades de la provincia, entrando S. M. la reina en una elegante carretela, á cuyo estribo derecho marchaba S. M. el rey vestido de capitán general, ocupando el izquierdo el infante Don Sebastian.

El capitán general marqués del Duero y otros oficiales generales acompañaban tambien á SS. MM., formando la escolta dos escuadrones de coraceros de la reina.

A la carretela de la reina seguían los coches de cámara que ocupaban la camarera mayor duquesa viuda de Alba, el caballero mayor conde de Balazote y otras personas de la real servidumbre.

El duque de Bailen no pudo asistir, porque la noche

anterior al despedir á su esposa que venia á Madrid, recibió un fuerte golpe al caer en un foso de mercancías. Afortunadamente, aunque guarda cama y está sangrado, su caída no ofreció peligro ni ya inspira cuidado.

La comitiva régia se dirigió por el paseo de Recoletos al campamento, donde fueron recibidos con gran entusiasmo, así por la tropa, como por el numeroso pueblo que ya se disponia á regresar á la población.

Nunca hemos visto mas animado el gracioso semblante de la augusta soberana, que profundamente conmovida al verse entre los soldados que con tanto valor como fortuna han luchado en defensa del trono y de la patria, dirigia á todos los ilustres caudillos palabras afectuosas y frases lisonjeras y del mayor cariño.

Un solo sentimiento turbaba la alegría de la reina en aquellos momentos, y era el recuerdo de los que han perdido su vida, derramando su sangre para lavar con ella el ultraje hecho á la patria.

Mas de una persona escuchó ayer ese recuerdo en los augustos labios de S. M. al acercarse á saludarla, creyéndola preocupada con el natural sentimiento que como madre y como reina debia sentir al privarse de presentar al ejército de Africa el tierno príncipe de Asturias.

« El primer soldado del ejército español, » como Su Alteza se llama á sí propio con gracia infantil, no pudo venir ayer, porque la noche anterior habia sido atacado de una calentura, de la que ya está restablecido.

Esto contrarió bastante á S. M. la reina, y así se lo dijo al duque de Tetuan, á quien se dignó asimismo



EL GENERAL J. ZABALA.



EL GENERAL CERVINO.

manifestar que sentia infinito no poderle entregar allí, en su propia tienda, en medio de aquel campamento de tan gloriosos recuerdos, una espada de honor que habia mandado construir expresamente para ese día, y que segun nuestras noticias, es digna por su riqueza y buen gusto de la augusta persona que se digna hacer ese recuerdo al vencedor de Africa.

Despues de visitar el campamento y sin querer detenerse á aceptar el almuerzo que se la tenia preparado, por no prolongar demasiado la fiesta y no molestar las tropas que tenían que dar un largo rodeo para entrar en Madrid, S. M. se retiró, entrando en la capital por la puerta de San Bernardino, y siguiendo por esta calle, la plazuela y cuesta de Santo Domingo, á entrar en palacio.

Una vez los reyes en palacio, tuvieron el honor de almorzar con la familia real el marqués del Duero, el director de artillería, el capitán general y algunas otras personas de distincion.

Luego que S. M. se hubo retirado á palacio, la tropa comió el primer rancho, y un canonazo dió la señal de batir tiendas. Esta operacion se llevó á cabo instantáneamente. Formadas las tropas en columna se rompió la marcha en el orden siguiente:

Primer cuerpo. — El general Echagüe con el general Orozco y su estado mayor.

Detrás los bravos soldados, que eran: Borbon, 2 batallones; Navas, 1; Madrid, 1; Barbastro, 1.

Segundo cuerpo. — El general Prim con los brigadieres Milans, Torres, Jurado y su estado mayor.

Le seguan: Navarra, 1 batallon; Almansa, 1; Vergara, 1; Barcelona, 1.



ENTRADA TRIUNFAL EN MADRID DE LAS TROPAS DE LA EXPEDICION DE AFRICA.

Tercer cuerpo. — El general Ros de Olano con los generales Quesada, Cervino y su estado mayor.

Le seguían: Zamora, 2 batallones; Toledo, 2; Baza, 1; Chiclana, 1.

De ingenieros y artillería había en todos los cuerpos. Desde la dehesa de Amaniel empezó á acumularse el gentío hasta llegar al arco de triunfo de la puerta de Atocha, donde los alumnos del Conservatorio y los niños del Hospicio, con bandas de música y rodeados de una multitud inmensa, recibieron al ejército cantando el himno triunfal. En aquel momento el entusiasmo no conoció límites, y los vítores ensordecieron el espacio: el pueblo, arrojando una lluvia de coronas, se agrupó en derredor del duque de Tetuan, le estrechaba las manos, le abrazaba las piernas y no dejaba moverse á su caballo. Por fin, después de largo espacio, pudo ponerse en marcha, colocándose los estudiantes detrás del peloton que formaba la vanguardia y seguidos de los coches de los heridos.

Unos treinta y dos oficiales ocupaban los quince coches que la grandeza había facilitado para la conducción de los heridos. Entre ellos los había de todas las armas y de la mayor parte de los institutos del ejército, pues hasta la guardia civil había contribuido con su tributo de sangre en la persona de un teniente del cuerpo. En uno de los carruajes iba el bravo comandante de coraceros de origen polaco, señor Moraski, que en la batalla del 31 de enero recibió cuarenta heridas de arma blanca.

El espacio desde la puerta de Atocha hasta la entrada de la calle de Alcalá se hallaba adornado con vistosos grupos de banderas preparados por el ayuntamiento y con cerca de mil faroles de colores.

La muchedumbre, que á favor de un día apacible, refrescado por una suave brisa, esperaba allí al ejército, saludaba al duque de Tetuan, á los generales, á las destrozadas banderas de los batallones, algunas de las cuales entraban hechas girones por las balas enemigas, y á los soldados con irenéticos gritos. Los fusiles comenzaban á verse adornados de coronas; todas las banderas las llevaban ya; los soldados muchas.

Al cabo de hora y media, las tropas entraron en la población, donde no había un solo balcon sin colgaduras. La calle de Alcalá presentaba un aspecto magnífico. Los vivos eran cada vez mas nutridos y prolongados; la lluvia de coronas y flores mayor cada vez: los soldados adornaban sus fusiles, los oficiales sus espadas; los coches de los heridos comenzaban á llenarse de ellas: de una casa se elevaron hasta seis grandes globos de diversos colores, de los cuales peudian enormes coronas de laurel.

Desde allí hasta Palacio la ovacion fué continua; ni los generales, ni los soldados, podían moverse.

Desde los balcones de las casas consistoriales se arrojaron al paso de nuestro bizarro ejército multitud de flores, versos y coronas; observándose que estas se lanzaban á los generales, sus estados mayores, á los jefes de los diferentes cuerpos, y sobre todo designando las que eran para adornar las respectivas banderas. Todos los alrededores de la casa de la Villa, durante el paso del ejército, estuvieron llenos de un inmenso concurso.

Hasta las tres no pudieron llegar á Palacio, desde cuyos balcones presenciaron el desfile SS. MM.

Los reyes estuvieron muy satisfechos durante el desfile de la tropa, enterneciéndose visiblemente á los ojos del inmenso público que invadía la plaza de Armas, al ver aquellos heridos que un viva á la reina había sido el primer grito que lanzaron al caer heridos en Africa, y un viva á la reina venían á dar debajo de los balcones de palacio cargados con los laureles que acababan de recoger en su triunfal carrera.

Al regresar del desfile que se verificó á las cinco de la tarde, pasó el ejército por la carrera de San Gerónimo, y allí tuvo lugar la ovacion del Casino.

Los socios, que ya no esperaban tener el gusto de festejar á los valientes por lo avanzado de la hora, acudieron presurosos en el momento en que había pasado ya el general O'Donnell, circunstancia que impidió que se le presentara una corona de plata que se le tenía preparada, juntamente con otra al general Prim. Al pasar este entre la lluvia de flores y versos que caía sobre el ejército, salió el señor Perez Calvo á entregarle ambos obsequios en nombre del Casino, pronunciando estas palabras:

« General: La casualidad de haber pasado el excelentísimo señor duque de Tetuan cuando ya no se le esperaba, ha hecho que no pudiera entregarsele esta corona, pequeña ofrenda á sus grandes merecimientos: V. E. que los conoce tan de cerca y que ha secundado con heroísmo sus elevadas miras, y que al mismo tiempo reúne la circunstancia de ser socio del Casino, es el que puede repararla, siendo el conducto por donde la reciba.

» Al propio tiempo, los amigos de V. E. le presentan esta otra corona como pobre recuerdo á las imperecederas glorias de Castillejos, Tetuan y Vad-Rás. — ¡ Viva el caudillo del ejército! ¡ Viva el general Prim! »

El general contestó, mostrándose muy agradecido por la comision que se le confiaba y por el obsequio que se le hacia.

« Yo entregaré esta corona al ilustre general en jefe, digna y gloriosa representacion del heroico ejército de Africa. Yo os doy gracias, señores, por la mia, no porque me crea digno de ella, sino porque vale mucho por la significacion que tiene en estos momentos, y porque es una muestra de lo satisfechos que estais de nuestros esfuerzos.

Señores: cuando un ejército hace lo que el nuestro en Africa, y cuando un pueblo ofrece el espectáculo que

hoy presenta el de Madrid, podemos decir con justo orgullo que somos españoles, que tenemos patria.

Yo no tengo palabras para encomiar bastante el valor de este ejército, sus sufrimientos, su constancia; todas las glorias que hemos adquirido en Africa son debidas á estos valientes. admiracion de la Europa. ¡ Viva el ejército! ¡ Viva España! »

Grandes aclamaciones acogieron este discurso. El general Prim con la cabeza descubierta y dirigiéndose al pueblo mostraba con frases elocuentes su profunda gratitud. Indudablemente aquel fué un momento solemne.

La corona de plata destinada al general en jefe, tenía esta inscripcion: *Al invicto duque de Tetuan. — El Casino.*

La que se reservaba para el conde de Reus, tenía esta otra: *Al valiente general Prim. — El Casino.*

Nuevas coronas y nuevas flores acabaron de cubrir las filas de nuestros valientes soldados: compañías vimos en que no iba un solo fusil que no llevara una corona.

Al llegar al Prado, los cuerpos desfilaron por delante de sus generales y se retiraron estos, marchando aquellos á sus cantones.

Cerraremos esta reseña diciendo que parecia imposible que ayer los soldados, después de la fatigosa marcha que emprendieron desde las diez de la mañana, tuvieran resistencia para marchar al paso de carga, como lo verificaron al pasar por la carrera de San Gerónimo, después de las cinco de la tarde. Con razon se ha dicho que el soldado español reúne á un indomable valor, una resistencia á toda prueba.

### Poesías al ejército vencedor.

Á LA ENTRADA TRIUNFAL DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

Esos son los que envié  
España á vengar su afrenta;  
Esos los que en lid sangrienta  
La victoria coronó.  
No vuelven todos; ay! no.  
Madre que al cielo bendices,  
Hijas y esposas felices  
Que veis á vuestros valientes,  
Besad las tostadas frentes,  
Besad mas las cicatrices.

Granizo y plomo ha llovido  
Sobre esas fuertes falanjes,  
Y el voraz monstruo del Ganges  
Por el moro ha combatido.  
¿Cuál es el héroe tenido  
Por mayor que los demás?  
¿Dónde va el que deja atrás  
La gloria y valor de Aquiles?  
Los héroes aquí son miles:  
Lo son todos á cual mas.

¡ Honor se dé y alta prez  
A los bravos campeones,  
Que ya triunfando en Bullones  
Hicieron temblar á Fez!  
En tierra extraña esta vez  
Nietos nacen de Guzman:  
Provoque otra el musulman  
Vuestros invictos aceros,  
Y los muertos compañeros  
Cristiana tumba tendrán.

Les pesa la arena impía  
Que huellan árabes potros,  
Y al despediros vosotros  
Tembló su osamenta fría.  
Tal vez ya saben el día  
Que han de ver nuestro pendon;  
Y dicen en ronco son  
Que yerbas agita y ramos:  
« Hoy para después tomamos  
De esta tierra posesion. »

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

AL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

Dignos hijos del Cid y de Pelayo,  
Cohorte de guerreros valerosos,  
Terribles en la lucha mas que el rayo,  
Con el vencido luego generosos;  
Que al mundo dado habeis un nuevo ensayo  
De vuestro arrojo en hechos tan gloriosos;  
España os aguardaba con anhelo;  
¡ Bien venidos seais al patrio suelo!

El grito de entusiasmo que resuena,  
Un tributo es al mérito debido;  
Si en Africa fué ruda la faena,  
Si habeis todos cual héroes combatido,  
De lauros vuestra frente vuelve llena,  
Europa satisfecha ós ha aplaudido,  
Y vuestro honor dejando acrisolado,  
El prestigio español habeis doblado.

Esas masas compactas que os aclaman,  
Que os reciben con júbilo en sus brazos,  
Que hermanos con cariño óis que os llaman,  
Estrechan mas y mas los tiernos lazos  
Que os unen y de fuego patrio inflaman;  
Confundid con amor vuestros abrazos,  
Y compense el placer de este momento  
Tantos dias de pena y sufrimiento.

Si al pisar otra vez vuestra morada  
Encontrais á un anciano que os bendice,  
Y una lágrima os vela la mirada  
Besando á vuestra madre tan felice,  
Sobre el surco que abrió moruna espada  
Dejadla sin rubor que se deslice,  
Ella es nuncio de un dia venturoso,  
Que vuelve á las familias el reposo.

¡ Loor al que os condujo á la victoria  
Y terminó con honra la pendencia!  
El pueblo á quien has dado tanta gloria,  
Te admira, invicto duque, y reverencia;  
Feliz al que inmortal llama la historia  
Y deja nobles hechos por herencia,  
Pues donde el genio y las virtudes brillan,  
Ni envidia ni calumnia las mancillan.

Disfrutad de esa paz tan deseada,  
Que al descanso, soldados, os convida,  
Mas pagad una deuda que es sagrada:  
Luchando por la patria muy querida,  
¡ Cuánta gente no fué sacrificada!  
Pues sus almas pasaron á otra vida,  
Por ellas dirigid preces al cielo...  
No dudeis que el rogar es gran consuelo.

EUSEBIO DE FORTUNY.

Madrid 11 de mayo de 1860.

AL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE TETUAN, CAPITAN GENERAL Y EN JEFE DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

¡ UN SOLDADO!...

¡ Madre mia! ¡ madre mia!  
Vuelva á tu pecho la calma,  
Que ya el hijo de tu alma  
La paz á tu hogar envía!...

¡ Cuántas veces, madre amada,  
Fuí temblando á combatir,  
Temiendo, madre, morir  
Y dejarte abandonada!...

¡ Cuántas veces, madre mia,  
He visto la muerte allí!...  
¡ Y á cuántos llamar óí  
A su madre en la agonía!...

Pero al llegar el momento  
De cumplir con mi deber,  
Para morir ó vencer  
Tu nombre me daba aliento;

Que tú misma, al verme allí  
O temeroso, ó vencido,  
Me hubieras desconocido  
Por hijo indigno de tí.

Y tú misma al grito santo  
De « ¡ España por Isabel! »  
Que en el pecho del infiel  
Infunde terror y espanto,

Tú misma, madre querida,  
Llena de noble ardimiento,  
Hubieras tenido aliento  
Para despreciar mi vida.

¡ Oh! bien puede hacer alarde  
La patria que nos honró,  
De que en Africa no entró  
Ningun soldado cobarde.

La patria, los ojos fijos  
En nuestra empresa tenia,  
Y, honrada madre, queria  
Ver honrados á sus hijos.

Y para aumentar sus glorias,  
Nosotros, sus hijos fieles,  
Le traemos los laureles  
De nuestras treinta victorias.

¡ Oh! ¿ Qué importa lo sufrido  
En aquel suelo abrasado?...  
Bien la patria lo ha pagado  
Con haberlo agradecido.

¡ Si supieras cómo inunda  
De gozo al pobre soldado

La gloria de haber luchado  
Por Doña Isabel segunda!...

¡Si vieras con qué alegría  
Nos recibe nuestra España!...  
¡Oh! ¡Bien haya la campaña  
Que nos deparó este día!...

Algunas madres llorando  
Van nuestros pasos siguiendo  
Nuestra gloria bendiciendo  
Y su dolor renovando...

¡Solas en el mundo están!...  
¡Pobres madres, madre mía!  
¡Tal vez alguna, algún día  
Pidió mendigando, el pan!...

¡Sus hijos en la campaña  
Por España han sucumbido!...  
¡Pero no ha dado al olvido  
Este sacrificio España!...

¡Bien haya esta noble tierra!  
Cumplido está nuestro afán  
Con que no queden sin pan  
Los mártires de la guerra.

¡No fué la guerra infecunda!...  
¡Bien haya quien la emprendió  
Y al Africa nos llevó  
Por Doña Isabel Segunda!

CÁRLOS FRONTAURA.

11 mayo 1860.

#### Á LOS SOLDADOS ESPAÑOLES, UNA MADRE.

Bien hayais los vencedores  
Que del Africa tornais,  
Trayendo á la dulce patria  
El santo bien de la paz,  
Y á las madres españolas  
Con vuestro regreso dais  
El olvido de las penas  
La alegría del hogar.

Ya no en inquieta zozobra  
Nuestro pecho temblará,  
Anheland siempre nuevas  
Y temiéndolas al par.  
Si viérais qué cruel ausencia  
Para el alma maternal  
Es la ausencia de los hijos  
Que haciendo la guerra están!...

A la varonil firmeza  
Aliento y bríos le da  
La honra de la patria herida  
O el entusiasmo marcial;  
Mas para las pobres madres,  
Que os criaron con afán  
Para veros en campaña  
A cruda muerte marchar;  
¿Qué laurel en la bandera  
O qué cinta en el ojal  
Puede una gota vertida  
De vuestra sangre pagar?

¡Ay qué larguísimo invierno!  
Bajo el techo paternal  
Corrieron lentas sus horas  
En tristeza y soledad;  
Cubria la nieve el campo,  
Rugia tremendo el mar,  
Y nuestro seno agitaba  
Un pensamiento no mas:  
Aquí guarecida mesa,  
Blando lecho, ardiente hogar,  
¡Y... en Africa... sin abrigo,  
Sin fuego... tal vez sin pan!

Y cuando el viento y la lluvia  
Azotaban el cristal,  
¡Quién con su cuerpo pudiera  
Vuestro cuerpo resguardar!  
¡Oh, cuántas noches sin sueño!  
¡Cuántos días sin solaz!  
¡Cuánta promesa á la Virgen!  
¡Qué de velas en su altar!

¡Nos oyó!... ¡En la alegre casa  
Resuena el grito filial,  
A cuyos ecos cesaron  
Llantos y sollozos ya!  
Pero... ¡cuántas de nosotras  
Sus hijos han de buscar  
En vuestras cerradas filas,  
Y no los encontrarán!

¡Cuántos de vosotros ¡tristes!  
De sus madres no han de hallar  
Sino algun monton de tierra  
Con una cruz por señal!

¡Que la gloria os dé consuelo,  
Y esa ardiente voluntad  
Con que la patria os bendice  
Por el triunfo y por la paz!

JUAN GARCIA.

#### Revista de Paris.

Se ha hablado mucho esta semana de una gran reunion que ha tenido lugar en casa de la vizcondesa de C... Los salones estaban transformados en jardines, y en el centro del salon principal se elevaba un teatro de flores. A las doce en punto se alzó el telon, y tres artistas del Teatro Francés comenzaron la representacion de un proverbio titulado: *Il ne faut pas jouer avec le feu*, escrito por el conde Joaquin Murat.

Vamos á decir en algunas líneas el argumento de este lindo proverbio.

El conde de Valvine está casado con una mujer muy hermosa, adornada con las mejores prendas; en suma, una mujer modelo, que sin embargo olvida el conde para correr en pos de una de las damas á la moda.

El conde dice que su mujer es demasiado melancólica; sea como quiera, el hecho es que ha pasado la luna de miel, y que la frialdad y la indiferencia principian á reinar en las relaciones de los dos esposos.

Pero Margarita sigue muy enamorada de su marido: aun conserva todas sus ilusiones, y forma el plan de volver á encender la pasion de su marido por medio de los celos.

Es un expediente muy conocido, pero que siempre se emplea con buen éxito, porque el corazon humano es siempre el mismo.

Pero ¿cómo improvisar un amante?... La casa de campo que habita se halla perdida en medio de los bosques. En toda la comarca no se podria hallar un galan de medianas apariencias.

Mientras medita en su venganza la anuncian la visita del alcalde.

— Bueno es, se dice Margarita.

Y no pudiendo elegir, se decide á tomar lo que encuentra.

El alcalde, que profesa el mayor respeto á la jóven y hermosa Margarita, se pierde y se confunde con las coquetuerias de que es objeto.

Pero no es esto lo que busca la jóven; que hace tanto ruido, que al cabo el conde se despierta y entra en la sala.

Margarita empuja con violencia al alcalde hasta el balcon, y el buen Atanasio no tiene tiempo para recoger el sombrero.

El conde se halla tan ajeno de toda sospecha, que sin pensar toma el sombrero del alcalde, se le planta en la cabeza y se vuelve á sus habitaciones.

El alcalde sale del balcon. Margarita, furiosa al ver la inutilidad de su estratagemá, se incomoda con el pobre alcalde y le despide con cajas destempladas.

El salon se queda vacío. Pero en esto el conde aparece trastornado... ¡El sombrero que habia cogido no era el suyo!... ¡Es un sombrero comprado en Carcasona!... ¡Margarita no estaba sola y le engañaba!...

El alcalde, hombre prudente, no queriendo dejar allí una pieza de conviccion como su sombrero, se promete aprovechar el sueño del conde para recobrarle.

Mas ¡oh desgracia! al entrar en el salon echa á rodar una silla.

El conde se precipita, y hé aquí á los dos cara á cara.

Sin embargo, la presencia del alcalde le tranquiliza. Se arroja en sus brazos, le habla de sus temores, le manifiesta su turbacion, y el buen alcalde le da todas las explicaciones que exige.

El conde ve que todo aquello es una burla que ha querido hacerle su mujer, y concibe la idea de desquitarse.

Para esto disfrazá al alcalde con el albornoz y el sombrero de la condesa, apaga las luces, y principia una declaracion estrepitosa y apasionada en toda regla.

Margarita atraida por el ruido de dos voces que hablan á un tiempo, comienza por sorprenderle en aquella oscuridad.

— ¡Mi querida Valentina! exclama el conde; huye por aquí á fin de que Margarita no te encuentre.

Margarita alarga la mano y coge el albornoz.

— Señora, dice la pobre jóven á la Valentina supuesta, os perdono, y ni siquiera trataré de conceeros, si me jurais que no volvereis á poner aquí los piés.

El alcalde sale á tientas sin comprender qué doble escena es esa que le hacen representar el conde y Margarita.

Margarita se promete que el conde va á tomarla por Valentina, y le pide la jure que no le queda ya en su corazon nada de cariño por su mujer.

El juramento no sale de los labios del conde.

Margarita siente que la felicidad renace en su alma; pero hé aquí á Valentina que vuelve bajo el traje del alcalde, porque no ha podido hallar una puerta para salir.

Tocan la campanilla. Los criados entran luces, y el conde pregunta entonces á su mujer si podia haber vacilado su corazon entre ella y Valentina.

El proverbio fué representado con mucha gracia; la Magdalena Brohan desplegó en su ejecucion todos los hechizos de su talento.

Esta funcion era una despedida: la vizcondesa de C... debia ponerse en viaje al dia siguiente para Alemania.

Una aventura tenemos que contar esta semana, que podria suministrar un argumento para una pieza dramática, aunque en distintas condiciones que las de la ficcion imaginada por el conde Joaquin Murat.

El protagonista es un rico hacendado residente en un departamento del Norte, que se hallaba estos dias de paso en Paris, y que caminando económicamente en un omnibus, se encontró con que se habia dejado en la fonda su dinero.

Incomodado con este percance, se quitó de la corbata un alfiler de oro, y se disponia á ofrecerle al conductor en garantia, cuando una jóven que se hallaba enfrente de él, se inclinó y le dijo al oido:

— Caballero, veo el apuro en que se halla Vd., y si me lo permite le ofreceré los seis sueldos que necesita.

— Con mucho gusto, respondió el hacendado, pero ha de ser con la condicion de que me dirá Vd. dónde vive para que pueda devolver á Vd. el dinero prestado.

— Vivo muy lejos, dijo la jóven.

Y le dió las señas de su casa, que con efecto se encuentra en uno de los barrios mas extraviados de Paris.

El hacendado tomó el apunte, y dió gracias á la jóven con una bondad que lisonjeó mucho á la jóven.

A la otra mañana el hacendado llamaba á la puerta de la humilde casa que le indicó su compañera de omnibus.

— ¡Adelante! dijo una voz de mujer.

Nuestro hombre entró y se halló en presencia de un cuadro bien triste.

En una miserable guardilla se hallaba extendida en un lecho muy aseado, pero que parecia bien duro, una mujer moribunda.

Cerca de la ventana estaba cosiendo una jóven. De tiempo en tiempo echaba una mirada á la enferma, que era su madre, y enjugaba una lágrima furtiva.

Este interior demostraba á la vez la miseria de sus habitantes y su mucho aseo. Cierta elegancia que aun no se podia descubrir en aquella pobreza, declaraba que aquella mujer y su hija habian estado bien, y que debian haber sufrido reveses de fortuna.

Al ver entrar al hacendado, la jóven se sonrojó, y se adelantó graciosamente á recibirle. Entonces él tomando su mano con afecto y saludando á la madre que estaba sorprendida, exclamó:

— Vengo á pagar una deuda que he contraido con esta jóven, que pienso es hija de Vd., porque eso se lee en la fisonomia. Ayer me hizo un favor que la agradezco en el alma, no por la importancia de la suma que me prestó, sino por la gracia y la espontaneidad que tuvo al ofrecermela.

Cuando estaba hablando de este modo, llamaron á la puerta y entró un hombre de cierta edad vestido de negro, que era el facultativo. Examinó á la enferma, escribió una receta, y se disponia á salir en tanto que la jóven arreglaba un poco la cama de su madre, cuando el hacendado le llevó á un rincón y le preguntó cuál era la enfermedad de aquella infeliz mujer.

— Es una enfermedad bien triste, respondió el médico en voz baja; una enfermedad que la llevará al sepulcro... la miseria. En otro tiempo fué rica, pero quedó arruinada despues de la muerte de su marido con varios pleitos que tuvo que sostener. Su hija se mata trabajando por ella; además tiene un hijo que aunque muy bien educado y muy instruido, ha tenido que entrar de dependiente en una casa de comercio; pero su sueldo apenas les da para comer. La desgraciada necesitaria algunas comodidades, el aire del campo y mucha tranquilidad de espíritu.

El hacendado dió gracias al médico que un instante despues habia salido.

Entonces acercándose á la cama de la enferma, exclamó:

— Señora, he venido á manifestar á Vd. mi gratitud, y voy á pedir á Vd. un nuevo favor.

La pobre mujer le miró con aire sorprendido.

El hacendado continuó diciendo:

— ¿Qué edad tiene su hijo de Vd.

— Veinte y seis años.

— ¿Y qué estudios ha hecho?

— Ha cursado leyes, pero sin concluir la carrera.

— ¿De modo que sabe escribir bien y entiende de negocios?

— ¡Oh! sí, señor; y además es un jóven honrado y fino como hay pocos.

— Pues entonces he hallado lo que necesito. Hé aquí lo que deseo de él.

— Hable Vd., caballero.

— Yo necesito un secretario de toda confianza, y ofrezco este empleo á su hijo de Vd. bajo las siguientes condiciones: se vendrán Vds. conmigo y les daré habitacion á los tres. Su hijo de Vd. tendrá cuidado de mis intereses, escribirá mis cartas, en suma, llenará la mision de confianza que quiero darle. Esta ocupacion le dejará tiempo suficiente para que concluya su abogacia, y entonces será mi abogado, y yo me encargo de hacer su fortuna. Entre tanto recibirá tres mil francos anuales.

La jóven se levantó y sin decir una palabra, bañada en llanto y cediendo á un impulso de gratitud, se arrojó en los brazos de su bienhechor para darle gracias.

El hacendado tuvo uno de los momentos mas dulces de que puede disfrutar un hombre de bien. Repuesto de su emocion, arregló los pormenores del viaje que tuvo efecto en la misma semana.

— Vamos á concluir llamando la atencion de nuestros lectores hácia el primer grabado que se ve en este número, y que es una vista del concierto Musard en los Campos Eliseos. Este concierto al aire libre es en la actualidad una de las diversiones favoritas de los parisienses: la moda quiere que las personas que bajan del bosque de Boulogne á las nueve ó las diez de la noche, abandonen un instante su lujoso vehiculo á la entrada de ese elegante pabellon, para dar una vuelta por ese jardín improvisado oyendo las inspiraciones de Verdi, Rossini, Weber, etc., etc., ejecutadas por una orquesta de primer orden.

MARIANO URRABIETA.

### La velada de San Juan en Valreas (Francia).

El canton de Valreas está situado en el departamento del Drome y forma parte del de Vaucluse. Esta singularidad geográfica parece inexplicable á los que ignoran su origen; por fortuna yo soy de estos, y mis lectores no tienen que temer ninguna disertación sobre el asunto.

La víspera de san Juan se celebra en Valreas una ceremonia no menos singular que voy á describir en breves palabras.

Eligen al niño mas hermoso del pueblo para héroe de la fiesta. Después de puesto el sol, le van á buscar en triunfo á casa de sus padres, ó estos le llevan á la casa de ayuntamiento, donde las autoridades municipales, los funcionarios públicos y un crecido número de habitantes se hallan ya reunidos.

Pronto se organiza el cortejo. El niño, desnudo como un ángel ó como un amorcillo, no puede contar con otro abrigo que el que le procura el algodón en rama donde le sientan, en una especie de urna descubierta muy adornada. Cuatro mozos robustos llevan a hombros este ligero y gracioso trofeo engalanado de flores. A veces el niño va revestido con una blanca piel de carnero atada á su hombro ó á su cintura. A su lado lleva un cordero.

Otras veces este cordero en vez de ir tendido á los piés del san Juanito, marcha delante con muchas cintas que llevan niños vestidos de blanco y coronados de flores.

La procesion principia á eso de las nueve de la noche; la mayor parte de los acompañantes llevan velas ó ramas resinosa encendidas.

Abren la marcha los tambores que alternan con la música que los sigue. Detrás de la urna, á cuyo lado va la madre del niño, marchan las compañías de la guardia nacional y las cofradías de penitentes.

Hace algunos años salia tambien un arado muy adornado de verdura y flores, llevado por unos mozos engalanados con cintas, y seguido por un labrador que haciendo el simulacro de arrojar simiente en los sur-

cos, tenia al hombro un costal de donde sacaba puñados de salvado que arrojaba á la gente.

Llamaban á este personaje el *rey de los boyeros*; pero el gasto que ocasionaba esta representación, que debía

ó que rodean bailando. Por fin el cortejo se decide á voivarse. A su partida se prenden los fuegos artificiales, y el fin de la fiesta es un baile que se prolonga después hasta por la mañana. De este modo tan pintoresco y tan original se celebra la fiesta de san Juan en Valreas.



LA VELADA DE SAN JUAN EN VALREAS (FRANCIA).

ser seguida de una gran comida dada por él á la juventud del país, explica quizá la dificultad que se halla en llenar esta parte característica del programa.

El cortejo, después de haber atravesado las calles del pueblo iluminadas, va primero á la iglesia, donde por lo comun se le reúne el cura, y después á una cuesta poco distante donde hay una capilla que marca su última estación.

Aquí se entonan cánticos durante los cuales encienden una hoguera que los jóvenes se ejercitan en saltar,

chos gloriosos, objetos de uso, muebles y utensilios fabricados *ad hoc*. Por último, en esta enciclopedia se abrazarian de una ojeada: las artes, las ciencias y la industria de la antigua ciudad desde su fundacion hasta nuestros dias. El *sabio*, el *artista*, el *industrial* y el *fabricante* hallarian ahí las lecciones mas fructuosas.

Seguramente este *Pariseum* seria una cosa soberbia, no queremos dudarle; pero ¿á qué fin construir cuando se tienen edificios hechos, y que con perdon de la ciencia arqueológica de M. Humbert, presentan mucho

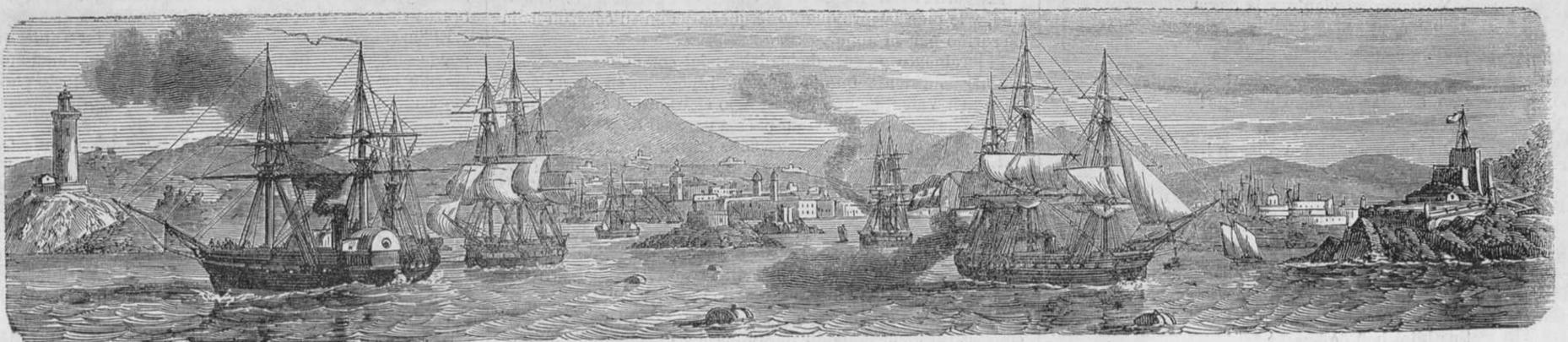
### EL PUERTO DE POLA EN EL ADRIATICO.

Ultimamente se habia esparcido el rumor de que se habia firmado un tratado de alianza entre el Austria, la Inglaterra y la Turquía, en favor de la integridad del territorio otomano. Esta noticia, que necesita confirmacion, se halla desmentida formalmente por una circular del Austria, en la cual manifiesta la resolucion de no mezclarse, al menos por ahora, en los asuntos europeos. — Por eso el Austria, al hacer salir sus buques del puerto de Pola para dirigirlos á la Sicilia, se contentaba con enviar una simple flotilla de observacion.

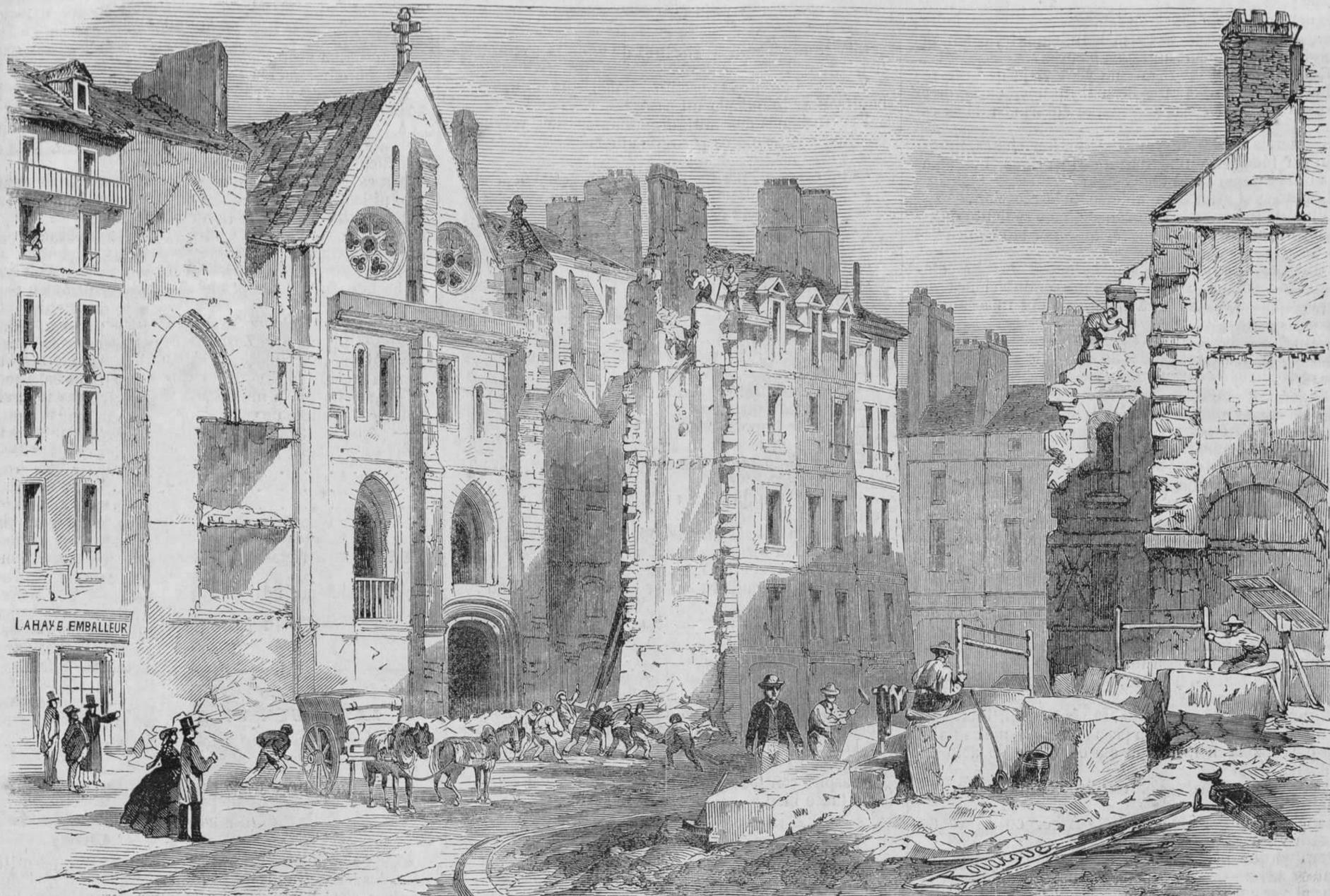
E. T.

### El colegio de Cluny.

M. Humbert acaba de enviar, en nombre de la antigua Lutecia, una súplica dirigida al emperador, pidiendo la institucion de un edificio nacional que se llamaria el *Pariseum*, *museo Napoleon*, y reuniria la Lutecia bárbara, la Lutecia romana, la Ciudad franca y el Paris de la edad media, del renacimiento, de Luis XIV, de Luis XV, de la república, de Napoleon I y de Napoleon III. Las galerías serian edificadas y adornadas al *estilo de la época*, con medallones, armaduras, telas, hombres célebres, invenciones y he-



VISTA DE POLA, PUERTO MILITAR DE AUSTRIA EN EL ADRIATICO.



DEMOLICIONES DE PARIS. — EL ANTIGUO COLEGIO DE CLUNY.

mas el carácter de la época, que todo cuanto pudieran hacer hoy los sabios, los artistas, los industriales y los fabricantes?

En lugar de construir sería mejor tratar de impedir ciertas demoliciones. — ¿Porqué M. Humbert no haría mas bien una petición para la conservación de los monumentos históricos de la antigua Lutecia? Sin duda hay una sociedad que los protege, pero su poder no alcanza á preservarlos cuando no se encuentran en la línea sobre las vías nuevas que se están abriendo.

El antiguo colegio de Cluny va á caer, pero antes en ese pobre barrio de la universidad, han caído ya la Torre Bichat, el Hotel de la Reina Blanca, el Claustro y la Iglesia de San Benito, las salas abovedadas del Colegio de Narbona y el Colegio del cardenal Lemoine. Se han respetado las antiguas Termas, y eso es todo.

Por fin, ahora van á desaparecer los restos de la muralla de Felipe Augusto, cerca de la plaza de San Miguel, y el antiguo colegio de los Benedictinos, situado en la esquina de la calle de la Harpe y de la calle de Grés.

La fachada que damos aquí tiene todos los caracteres de la arquitectura del siglo XIII.

Efectivamente, ese colegio se fundó en el año 1269 por Ivo de Vergy, abad de Cluny, diócesis de Macon.

En un espacio cercado de altas paredes, precaucion que explicaba la mala fama del barrio, llamaban á la calle de Grés la calle Coupe-Gorge, y cerca de la calle de Maçons, se encontraba la calle Coupe-Gueule.

El abate hizo construir el dormitorio, la cocina y el refectorio; y ya principiaba á edificar



CAPILLA DEL ANTIGUO COLEGIO DE CLUNY.

el claustro cuando le sorprendió la muerte. Ivo de Chassant, sobrino suyo, que le sucedió en la dignidad de abad de Cluny, mandó acabar el claustro, edificó el capitulo, la biblioteca y la iglesia.

Todas esas construcciones fueron restauradas en 1485 por el abad J. de Amboise, sexto hermano del ministro de Luis XII, á quien se debe tambien el Hotel de Cluny, residencia de los superiores de la órden en Paris.

Este colegio subsistió hasta el tiempo de la revolucion. En sus góticos restos, David instaló su estudio. Ultimamente servian de almacén al librero M. Hachette.

Dentro de unos cuantos dias el boulevard lo habrá nivelado todo.

H. DE K.

Un prólogo de novela.

I.

¡Cuán dulce es dormir, recostado sobre la popa de una lancha, que surca el Mediterraneo, alumbrado por la luna!

Y despues de haber escuchado por mucho tiempo en silencio el cadencioso golpear de los remos, volverse á mirar la tierra que se aleja, las torres que dibuja la vaga luz de la luna como negras siluetas, y el faro que nos da su último adios, apagándose lentamente á medida que se aproxima la mañana.

¡Bien haya la mano creadora del Dios que hizo los mares, abrigos de la tierra y poesia del corazón!

¡Bien haya el marino melancólico y taciturno que vuelve á su patria despues de ha-

ber escuchado el murmullo de las olas en todas las regiones!

¿Qué importan las tempestades y peligros de ese mar, que nos mece despues blandamente, como pidiendo perdon de sus antiguas locuras?

Es como la nodriza regañona ya y vieja que nos repele y castiga en sus ratos de mal humor, para volver despues á besarnos con mas fuerza en prueba de su cariño.

Si quereis una tumba libre de profanaciones, un espejo sin mentira y una llanura sin aridez, buscadlas en el mar y solo en el mar.

El mar es el gran libro abierto de la creacion. Sin él la tierra seria un gran desierto sediento de espacio, un corazon sin sangre, un amor sin contradiccion.

Sentaos sobre la popa de un bote que marche pesadamente: seguid con la vista las ondulaciones del oleaje y entonad solo para vuestros oidos una cancion marina.

Entonces sabreis lo que es el mar. Entonces podreis apreciar lo que vale vuestro corazon, porque os lo dirán sus latidos.

II.

Así pensaba yo una hermosa noche de verano, paseando por la bahía de Valencia en una cómoda lancha.

Los remeros cansados ya del largo paseo dejaban caer lentamente las palas sobre el agua, y la embarcacion era empujada por las olas á su antojo.

Yo miraba sin cesar los magníficos juegos de la luna sobre el agua, y oia á lo lejos los ténues ruidos de la poblacion que dormia sobre la playa.

Por lo demás todo estaba en silencio. De repente percibi el bien conocido rumor de una lancha que se acercaba á toda prisa.

Una forma blanca, flotante, voluptuosa, fantástica se destacaba en su negra popa.

Y á medida que se acercaba, se oia mas distintamente una voz de mujer, fresca pero dolorida, que cantaba á media voz la bellissima arieta del segundo acto de *Marina*.

Poco despues pasaba por nuestro costado como una exhalacion.

Lancha y mujer iban á desaparecer en breve de nuestra vista.

Pero yo que habia soñado en uno de esos hermosos ideales que sin descanso perseguimos durante toda la vida, al ver aquella aparicion, que mi fantasia detallaba con bellos colores, y que era una verdadera hermosura de espíritu, animé á los barqueros con la esperanza de una buena propina, y mi lancha se disparó como una flecha en persecucion de la de mi desconocida.

Al cabo de un cuarto de hora estábamos solo á tres ó cuatro brazas de distancia.

Pero la voz habia cesado y la lancha bogaba rápidamente en direccion á una fragata, anclada bastante lejos del puerto.

III.

La vision era tan encantadora como á mi imaginacion se habia aparecido.

Las lanchas emparejaron. Y la mujer ó el ángel de aquel sueño recostaba indolentemente la cabeza sobre uno de sus brazos. Parecia bellissima.

Yo no pude resistir mas, y dulcificando mi acento como si temiese lastimar sus oidos, la dije acercándome cuanto fué posible.

— Permittedme, señora, que os exprese mi admiracion al veros sola y sin temor alguno en tal hora y en tal sitio.

Su respuesta se hizo esperar un momento que empleó en fijar en mí sus dulces ojos azules.

Despues, en la lengua de Bellini y Donizzeti, en el mas puro y dulce italiano que he oido jamás, me contestó:

— Yo vivo siempre sola con mi corazon. Aquella lengua, aquel acento, aquella voz nacida para la música, como la del ruisenor, trastornaron mis sensaciones y pensamientos.

Y soñé verla conmigo en el fondo de una lancha, sin remeros estúpidos, sin cielo, sin agua, sin nada en el mundo mas que sus ojos clavados en los míos y su aliento absorbiendo mi aliento.

¡Ah! ¡toda la vida por una noche de esa felicidad! El ángel conoció mi turbacion, y sobreponiéndose á los respetos de sociedad, añadió:

— Despedid vuestro bote y pasad al mio que os llevaré á tierra: mis remeros son ingleses y no comprenderán una sola palabra de cuanto hablemos.

Una duda terrible cruzó por mi imaginacion; pero aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando estaba á su lado, pálido, trémulo, enamorado y sin mas pensamiento que mirarla, pero como se mira en su cuna al niño que hemos visto nacer, como se mira á la Virgen en su altar.

Mi antigua lancha partió hácia el muelle, y la otra se alejó de la fragata.

¡Solos bajo el techo inmenso del cielo y sobre el inmenso sepulcro del mar!

IV.

Ella se abandonó al encanto de aquella extraña situacion.

Yo estaba dominado por un vértigo que no me dejaba descifrar lo que por mí pasó.

Y pareciamos dos antiguos amantes que volvian á recordar sus primeros pasos de amor.

— ¿Eres poeta?

— De corazon, porque siento y amo mucho.

— ¡Tendrás dolores!

— ¿Quién es feliz en la tierra?

— También yo amo la poesia, porque es la música de la palabra.

— Luego tu lenguaje es la música.

— Canto para todo el mundo, y solo vivo cantando para mí.

— Yo seria muy feliz contigo..... viviriamos eternamente juntos.

— ¡Ah! no: es preferible que conserves una ilusion.

— Pero...

— Una ilusion sin realidad es el alimento de la vida.

— Tú amas á otro...

— ¿Qué te importa?

— Es que mi vida es tu amor.

— Mira cómo pasan las olas bajo nuestros piés; así pasan las impresiones.

— Es que tu impresion es la de un ángel que no se borrará jamás.

— Mañana crearás un sueño la existencia de esta noche, y será un recuerdo hermoso de tu vida.

— Pero un recuerdo que me matará diciéndome á todas horas que pudiera haber hallado la dicha en tus brazos.

— No me hables mas de tu amor: algun dia comprenderás mi indiferencia y lo que esta noche hice.

— No tienes corazon.

— Me inspira este momento solemne, y mis palabras no expresan lo que siento: escucha y calla.

Entonces el ángel sin nombre, la cantatriz ignorada evocó la sombra de Bellini, y la *Casta diva* brotó de sus labios como si saliese del corazon del gran músico italiano.

Yo aspiré con todas mis fuerzas aquella voz que me hacia tanto bien.

V.

Mis ojos se habian llenado muchas veces de lágrimas durante su canto.

Los suyos estaban fijos en el cielo que parecia abrirse á su acento.

No pude hablar, porque mis palabras tampoco respondian á los sentimientos que me agitaban.

Estreché convulsivamente una mano que ella abandonó entre las mias.

Estaba fria como un mármol.

Algunos minutos despues, la negra silueta del muelle apareció cerca de nosotros.

Yo queria huir de esa sombra, y no queria separarme de mi querido sueño.

Pero no tenia voluntad para oponerme, ni palabras para hablar.

Y llegamos al desembarcadero.

El ángel me tendió otra vez su mano que yo estreché con ahinco, me miró con el mismo amor que una madre al hijo que por primera vez se aparta de su seno y me dijo melancólicamente:

— No me olvides muy pronto, y adios: voy á la patria de Bellini que te estará agradecido por tus lágrimas.

Los marineros me empujaron hácia tierra, porque no podia moverme y la lancha volvió á partir.

Entonces recobré todas mis fuerzas, como si despues de magnetizado por un agente poderoso, me hallase libre de su accion.

Corrí á encaramarme en las piedras mas altas del malecon, y desde allí volví á ver el punto blanco, que indicaba la flotante vestidura de mi sueño de amor.

Volvia á cantar el arieta de *Marina* con el mismo acento dolorido de la primera vez.

Y cuando lancha y sonidos iban á confundirse con las olas y el ruido del mar, oí un apagado *addio*.

Entonces me quedé inmóvil mirando al mar.

Y al amanecer me retiraba á mi alquería de la playa.

VI.

Dos años habian pasado desde aquella noche, y aquel sueño seguia siendo mi esperanza.

No habia olvidado la despedida del ángel.

Y leia con afan los periódicos de Italia, porque allí estaba la artista desconocida que tanto me habia hecho sentir.

Esperaba que una casualidad providencial me descubriese quién era, qué sentia, qué amaba, qué aborrecia ó qué podia esperar de ella.

Ninguno de los nombres hacian sin embargo palpar mi corazon, á pesar de reputarse como celebridades europeas.

Pero llegó un dia en que leí con asombro en un periódico de Turin lo siguiente:

« Por fin murió ayer en esta capital la simpática

prima donna del teatro de Florencia, signora Julietta Mauri.

Hace seis dias se concibió aun la esperanza de salvarla.

Notóse una gran mejoría en su estado, y los médicos creyeron empezada la reaccion que esperaban.

Pero su amor al arte á que ha dedicado su vida la acabó de matar.

A pesar de las mas prudentes reflexiones se empeñó en salir á las tablas á cantar el aria *Casta diva*, para el beneficio de la segunda tiple.

Nunca estuvo mas sublime. Ni la Grissi, ni la Alaimo, ni la Tossi, nos han hecho sentir jamás como Julietta las mil bellezas de ese delicioso trozo de la *Norma*.

Pero al dia siguiente ya no daban los médicos esperanzas de vida.

Ha muerto con la sonrisa en los labios, y se dice que la ha llevado tan temprano al sepulcro un amor desgraciado.

En su testamento encarga expresamente que se entregue la misma aria *Casta diva*, copiada por su mano y con notas marginales, al caballero que desde España escriba narrando un hecho que solo su madre sabe.

Este capricho de la malograda artista se cree indescifrable é imposible de cumplir. »

— ¡Dios mio, es ella! ¡amaba sin esperanza y yo la pedia su corazon!

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS,

LEYENDA HISTORICA DEL SIGLO XII

POR DON JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Conclusion.)

«Nada sucede en la tierra sin motivo... Dios permite todas las cosas grandes y pequeñas; él conoce mis designios; ve el fondo de mi corazon. ¡Cúmplase su voluntad!...»

Benjamin tenia noventa años; habia pasado su existencia meditando sobre todas las verdades escritas, sobre todas las ciencias. Habia viajado por las tierras mas apartadas; conocia el giro de los astros. En la descomposicion de los cuerpos, habia estudiado la formacion de los seres.

Leia en la frente de los hombres sus pensamientos y los secretos escondidos de su corazon, como si fuera un libro abierto á sus ojos.

Creia en Dios; el Viejo Testamento era su historia; allí estaban encerradas sus creencias y todas sus esperanzas.

Solo allí no divagaba su saber profundo, que todo lo juzgaba posible, desde la muerte del hombre á su resurreccion.

El viejo, con esa inmensa perspicacia y sabiduría, habia llegado á leer en el alma de su hija la agitacion que la mataba. Comprendiendo su amor desesperado sabia que oponerse á él, hubiera sido encender con un soplo el volcan, á quien el polvo del camino tiene escondido maravillosamente.

Los que conocen las enfermedades del cuerpo, comprenden bien la gravedad y el peligro de las del alma.

Luchaba con su paternal cariño y con la sabiduría de su experiencia; con la fe de su raza y de su religion; con las ideas que desde la niñez habian infiltrado en su entendimiento sus antepasados, hijos todos de la casa de Israel.

Benjamin, mirando pasear á su hija sosteniendo al caballero, estaba en aquella lucha de ideas y de pasiones.

Su cabeza se rendia confusa y aturdida, cuando entró el rey Don Sancho.

Don Teobaldo, apoyado en el hombro de Elide, se acercó al rey.

— Me has cumplido tu palabra, dijo Don Sancho al judío, tendiéndole la mano; ahora es necesario que yo te pague el servicio...

«Me han dicho que tu hija es cristiana... ¿es cierto?» preguntó á la niña, poniéndole la mano del cetro sobre la cabeza.

Benjamin se estremeció, paseando sus ojos atónitos por el rey y su hija.

Elide bajó la frente, encendida como una amapola; y teniendo la desesperacion de su padre, con voz trémula contestó: «Soy cristiana.»

Benjamin, dominado de un arrebató de furor, separó violentamente á Elide del caballero.

— ¡Maldita sea la hora de tu nacimiento!... le dijo, rompiendo en un torrente de palabras iracundas. Maldita sea!... repitió, fijando los ojos, casi fuera de sus órbitas, en la cabeza de su hija, que arrodillada humildemente levantaba al cielo sus manos suplicantes.

— Benjamin, perdona á tu hija, le dijo con acento

solemne el justiciero Don Sancho; ahora escucha á tu rey que te aconseja:

«Eres viejo; son muy cortos los años de tu vida; no quiero arrancar de tu corazón la fe que heredaste de tus mayores; con ella has sido bueno; has educado piadosamente á Elide; me has servido bien; has estudiado las ciencias y conoces el corazón humano.

«Tú crees en Dios; ¿quién si no él ha podido abrir los ojos de tu hija para que la luz del cristianismo llegara á su corazón?... ¿porqué te has de oponer á sus altísimos designios?

«Si tu mano fuera capaz de dar muerte á ese ángel de tu vida, ¿aliviaría tu odio su desgracia?

«¿Remedias la desgracia, condenándola al dolor con tu maldición y á la muerte en esta y en la otra vida?

«¿La angustia y tu venganza endulzarían su tristeza y la tuya?

«¿Quieres morir, sin que nadie acompañe tu última hora? ¿solitario, sin que su mano cierre tus ojos y sin que vaya amorosa á derramar flores sobre tu sepulcro? Elide cristiana, es mi hija; yo quiero que sea la mujer de don Teobaldo; con ella le doy el gobierno del castillo de Tudela y mis tierras y señoríos de Cintruénigo y Ablitas.

«Benjamin, soy tu rey; y yo, que dejo á mis pueblos el derecho de ofrecer á Dios sus oraciones, permitiéndole á cada raza su culto; yo pues, que estoy convencido de que solo hay un Dios en el universo, te mando que perdones á tu hija.»

— ¡Señor, respondió Benjamin, anegado en lágrimas, su alma va á condenarse para siempre!

— Se condenará como la mía, dijo Don Sancho sonriéndose, y estrechando entre sus brazos á don Teobaldo y á Elide.

¡Qué gran sabiduría de rey! ¡cuánta caridad!... ¡qué gran justicia!... ¡qué bienes tan inmensos dejó á Navarra, y qué gloria tan inmarcesible conquistó su brazo!...

— Don Frotardo, dijo al canciller que le acompañaba, que preparen el altar de la Virgen de las Azucenas; y á mi obispo don García, que esté aguardando en Santa María Magdalena.

Benjamin dobló la cabeza, exclamando tristemente: — ¡Cúmplase la voluntad de Dios, y de mi rey y señor Don Sancho!

La niña Elide se arrojó á los brazos de su padre.

— Perdona á tu hija, que te ama con todo su corazón: bendice á tu pobre hija, le decía con la ternura de un ángel.

— Sí, exclamó Benjamin; en medio de mi dolor, te bendigo...

«¡Dios ve la pureza de mi alma! ¡que él te perdone!... No pisaré el altar adonde su inescrutable designio ha guiado tus pasos, no... Yo sembré en tu alma la virtud y la fe de Israel; si su mano misteriosa te condujo al templo de la Virgen de los cristianos, que él te haga feliz y oiga los ruegos de este padre conturbado por la desgracia. Te bendigo, hija mía... concluyó diciendo, estrechándola entre sus brazos, y cubriéndola de amorosos besos.»

Entonces don Teobaldo dió las manos á la feliz Elide, y le dijo con tristeza:

— Huérfano y solo en el mundo, sin alegría y sin esperanza, te doy mi vida: la habia destinado á la soledad; tú quieres unir la primavera de tus años con el invierno de mis dolores: la vida con la muerte; te doy lo único que tengo: ¡el alma enferma, y enferma para siempre!...

El rey estaba conmovido.

— Yo te entrego, le dijo á don Teobaldo, estos niños; y cogiendo de las manos dos ángeles hermosos que estaban á su lado, continuó:

— Son los hijos de la pobre Zaida; huérfanos, llevarán sobre su escudo las águilas de mi casa; serán cristianos y caballeros. ¿Los dejarás desamparados?...

— ¡Gracias, señor!... respondió don Teobaldo, cayendo de rodillas á los pies del rey, y estrechando en sus brazos religiosamente y con la piedad de padre los hijos huérfanos de la desventurada mora.

## XXVIII.

A la caída de la tarde, acompañado de sus caballeros, debia salir de Tudela para el imperio africano de Abu Jacob el Miramamolín, el fuerte y justiciero rey Don Sancho VIII.

El pueblo de Navarra acudia lleno de entusiasmo á despedir á su buen amado señor.

Estaban cubiertas de gente las cercanías del castillo; las afueras del puente, los alrededores de Santa María, la casa del judío Benjamin y todas las salidas que daban á los campos de Albea.

El pueblo aguardaba.

Su sorpresa fué extraordinaria, cuando cubierto de sus armas, vieron bajar á Don Sancho de la casa de Benjamin, acompañado de don Teobaldo y de doña Elide, coronada de azabares, entrando unidos en la iglesia de Santa María Magdalena.

Ya estaba el obispo don García en el altar de la Virgen de las Azucenas.

El rey condujo de las manos á doña Elide y á don Teobaldo hasta las gradas del altar.

El obispo echó la santa bendición á los esposos en medio de la alegría del pueblo.

«¡Viva el noble rey Don Sancho el Fuerte, el padre de Navarra! gritaba la apiñada multitud.»

El rey abrazó muy tiernamente á los jóvenes espo-

sos, y montando en el brioso corcel que lo aguardaba á la puerta de Santa María Magdalena, seguido de cien caballeros y rodeado de su pueblo, salió de Tudela, lleno de gloria y bendición, para las tierras africanas en busca de la hija de Abu Jacob el Miramamolín, el año de 1199 de la era de Cristo.

Esta es la leyenda de la Virgen de las Azucenas.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Fin de la estación de primavera. — De los próximos viajes. — Anacronismo de los trajes de los hombres. — Los guantes de piel de perro. — La moda parisiense destronada por la moda inglesa. — Los pastores parisienses. — Trajes de campo. — Trajes de niños. — Descripción del figurin de este número.

Las carreras de caballos de Chantilly y de Versalles han terminado definitivamente la estación de la primavera. Ahora la gente de tono se va á sus viajes, á sus casas de campo, á los baños, á Italia; y sobre todo á Niza, que en el día es de Francia.

Vamos á ocuparnos pues de los diferentes trajes de campo y de viaje.

Lo que hace las modas masculinas tan feas y sombrías es su eterna uniformidad. Así, para las carreras de caballos los hombres de la mejor sociedad llevan trajes de visita, lo que es un anacronismo.

Usan la levita larga, el pantalón corto, el sombrero de copa alta y la bota de charol. Llevan el cuello vuelto con una corbata de seda con puntas flotantes.

Esta es una moda híbrida medio inglesa y medio americana; en cuanto á la moda francesa, apenas existe en un corto número de hombres elegantes.

Si esta imitación inglesa continúa, se perderán para siempre las modas francesas.

La invasión ha principiado por los cuadros. Las corbatas eran de cuadros encarnados y blancos; los chalecos de cuadros blancos y azules; los pantalones y las jaquetas de cuadros grises y blancos. Nada mas grotesco que esta colección de cuadros.

En este momento los jóvenes llevan unos horribles guantes de piel de perro, de color de ladrillo. Pero es la moda inglesa; ¿quién la resiste?

Y es de advertir que estas modas británicas que los jóvenes adoptan generalmente no son las modas de la elegancia inglesa.

La levita larga que reina ahora, el pantalón corto y la corbata con puntas sueltas, forman el traje de los tenderos de la Cité, no de otros personajes en Inglaterra.

El gentleman inglés por el contrario, usa una excesiva distinción en el vestir; es el tipo aristocrático por excelencia.

Sin embargo, la alta sociedad parisiense no sigue servilmente esos ridículos modelos que vienen de Inglaterra. Podríamos citar varios que ostentan en el vestir el sello característico del hombre de gusto.

Bajo el pretexto de ir al campo, los parisienses van á vestirse de pastores.

No admito ese traje sino en el campo; dentro de París me parece absurdo y ridículo. Toda la moda se concentra pues en este momento en los vestidos de dril blanco y de color, de alpaga negro y de lana dulce para jaqueta y pantalón, lo mismo que para el traje completo.

Efectivamente, en un joven nada está mejor que un levitín de alpaga, con un chaleco y un pantalón de dril blanco ó gris.

El alpaga de buena calidad es siempre muy estimado. Es una tela muy ligera y que viste tan bien como el paño. Se hacen con el alpaga fracs, jaquetas y sobretodos que se forran de seda.

La moda manifiesta cierta tendencia á volver á los talles largos, á los pantalones anchos y á los chalecos largos y que cierran derechos.

Los trajes de dril blanco, con rayas ó grueso grano, imperial ó trenzado están muy en favor; los de batista que se llevaban bastante el año último están abandonados.

En suma, tenemos las modas del año último.

Siempre lo mismo; las variaciones, si las hay, son insignificantes.

En cuanto á los trajes de los niños tampoco hay ninguna cosa extraordinaria.

Los de seis á doce años gastan un paletó blusa, corto y en orma de saco.

Las chaquetillas son muy cortas y redondas. Las llevan con chal y otras con un cuellecito.

De doce años á diez y seis, los niños llevan casi vestidos de hombres.

La única forma de pantalón que conviene á la infancia es la forma ancha plegada. Además los pequeños llevan botines de á misma tela sobre los botitos y un sombrero de paja adornado con una cinta.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa tres trajes diferentes.

Un traje de sport, un vestido de amazona y un traje de visita.

El primero es el famoso traje á la inglesa, transformado y afrancesado lo mas posible.

Con efecto, el frac describe ligeras curvas mediante las piezas de los costados que lleva añadidas debajo de los brazos. El talle por detrás es largo y ajustado. Las mangas son de corte uniforme, pues se cortan derechas y generalmente no llevan bocamangas, sean para frac, jaquetas, sobretodos ó levitas.

El cuello es bajo y muy estrecho. El chaleco es de chal

subido, y el pantalón de satin liso gris perla, de una anchura de piernas regular.

Después se ve en nuestro figurin un bonito traje de señora para montar á caballo. Su conjunto es un compuesto del traje de amazona y del de vestir, pues el corpiño es de piqué blanco, y la falda de bonito alpaga gris mezclilla. En cuanto á ornatos de moda, en este traje no se ve mas que una botonadura caprichosa que guarnece la abertura y el jockey de las mangas, y á esta graciosa sencillez debe su buen éxito.

En fin nuestro último traje es de vestir y de los mas elegantes.

No olvidemos que un traje destinado á las visitas de marcha y con el cual se asiste á las reuniones de los baños de mar, está muy sujeto á la crítica, porque se admite en medio del día y en la intimidad; por consiguiente tiene que ser esmerado.

Compónese de un frac de p fino azul claro, con botones dorados de metal, forma de caja de reloj y redondeados por las orillas; las solapas vuelven hasta los dos ojales de arriba; el talle bien acentuado descansa bien sobre las caderas; los faldones son bastante largos y llevan forro de seda. — Las mangas son anchas y sin bocamangas.

El chaleco varía en tela y en corte; los hay de piqué blanco, de piqué mezclilla y con flores, de valencias, de seda y de la misma tela del pantalón. Unas veces son de chal medio abierto, y otras son bien descubiertos para que se vea la pechera, siempre un centímetro menos largos por abajo que los delanteros del frac.

El pantalón está cortado un poco menos ancho que los de fantasía; sin embargo, cae derecho sin ser ajustado ni por las rodillas ni por abajo. — Unos bonitos zapatos adornados de cinta, una corbata de seda azul y negra y un cuello vuelto completan el traje.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## La pesca de alosas.

La pesca de alosas se verifica por el mes de mayo; en ese tiempo ese pez de mar sube los rios y el pescador le arroja sus redes. En el Rhin se pesca abundantemente, y uno de los lugares en que se hace la pesca mas en grande es en Auenheim, punto que representa nuestro dibujo, situado á dos leguas de Estrasburgo en la frontera badense.

Este pueblo se compone enteramente de pescadores y de buscadores de oro.

Sesenta y tres maestros-pescadores se reparten los numerosos islotes que forma el Kinsich por ese sitio antes de entrar en el Rhin.

La rapidez de la corriente de este rio no permite á los peces detenerse, ó hace su pesca muy difícil; pero se refugian en los pequeños canales y brazos del Kinsich transformados en lazos de todo género, de los que no salen sino para ir al mercado de Estrasburgo.

Nada mas pintoresco que las cercanías de esa aldea construida en las márgenes del Kinsich á medio kilómetro del Rhin.

Por todas partes se distinguen redes secándose al sol, al lado de las tiendas en donde se abrigan los pescadores; desde por la mañana hasta por la noche, las barcas salen del puerto y vuelven á él cargadas de pesca; hombres, mujeres y niños, todo el mundo trabaja con tanta mas alegría cuanto que disfrutan de un agradable bienestar.

La pesca de alosas se hace principalmente por la tarde.

Cada barca tiene seis hombres de tripulación; cuatro de ellos se quedan en el ribazo y sacan las redes que los otros dos desde la embarcación lanzaron á cien pasos de distancia.

Luego la barca se aleja, y los pescadores revuelven el agua con sus varas para que vayan los peces hácia el lazo.

Cogen de diez á quince cada vez en los buenos años.

Una vez sacadas de las redes, las alosas son trasladadas inmediatamente á los depósitos. Estos se hallan abiertos en la tierra ó separados de la corriente por medio de piedras gruesas; se depositan allí á fin de conservarlas vivas hasta el viérnes por la mañana, día de mercado en Estrasburgo.

Este día desde el amanecer el puerto está invadido por los muchos pescadores que se dirigen hácia los depósitos.

A cada lado de sus barcas hay unas sentinillas con agujeros por los cuales se renueva el agua incesantemente.

Aquí encierran al pescado, y la flotilla se dirige entonces hácia el Rhin, que es preciso atravesar para ir á Estrasburgo pasando por el Robertsan.

El viérnes reina una grande animación en Estrasburgo; la ciudad está surcada por los carros de los aldeanos de las cercanías que llevan sus cereales, y se ven allí todos los trajes tan variados y tan ricos de la Alsacia.

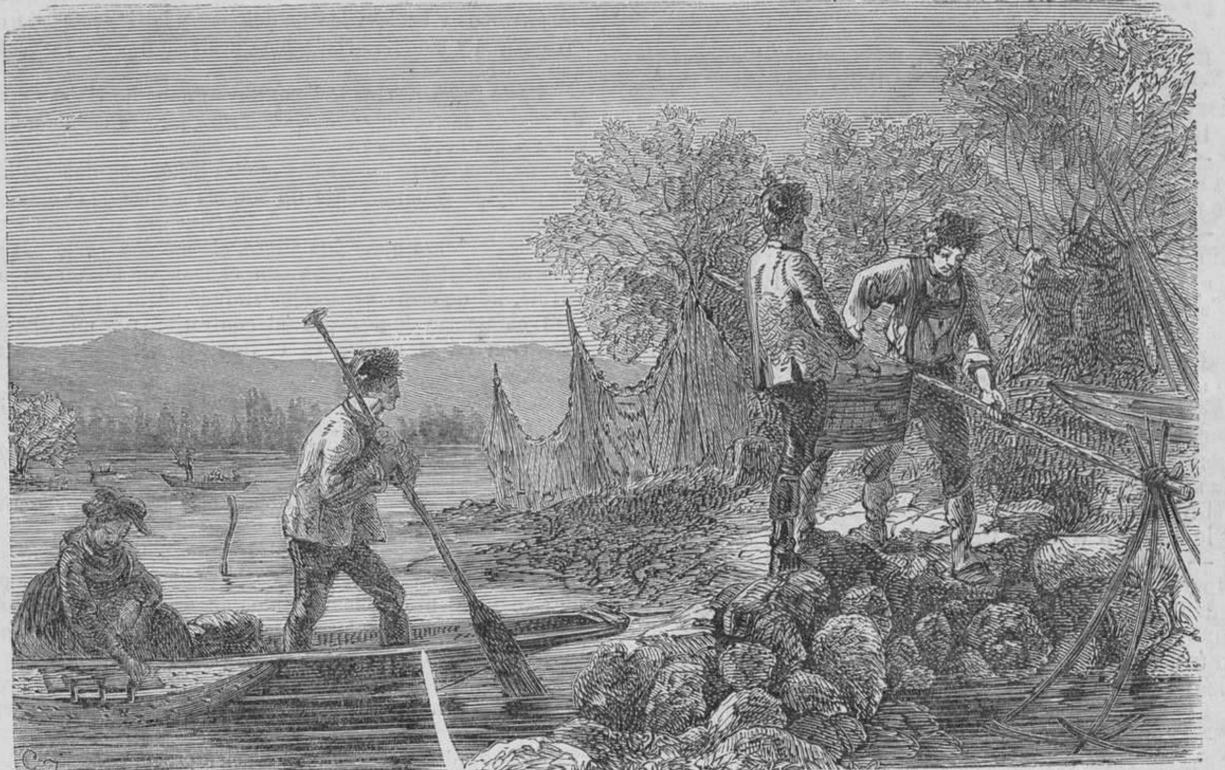
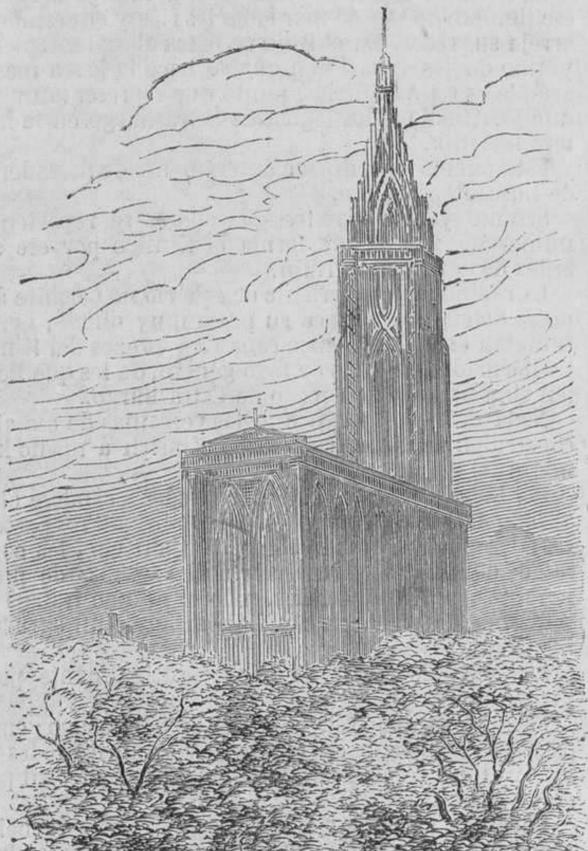
En la pescadería domina el traje badense. Este mercado está situado á la orilla del rio, de modo que los peces están vivos en grandes tinajas chatas á la sombra de los plátanos. Detrás se eleva majestuosamente una de las catedrales mas hermosas que hay en el mundo.

El mercado está lleno de gente hasta el medio día. A esta hora los pescadores se reúnen en las fábricas de cerveza, cuentan sus beneficios, hablan de las noticias del día, y se dirigen hácia su pueblo á repetir la pesca.

G. J.



LA PESCA DE ALOSAS POR LA TARDE.



LOS D PÓSITOS POR LA MAÑANA.



LLEGADA DE LOS PESCADORES DE ALOSAS A LA PESCADERIA DE ESTRASBURGO.